LIBROdot.com

SUEÑOS DE MALA MUERTE

JOSÉ DONOSOS



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

José Donoso
Sueños de mala muerte

Todos los pensionistas de la señora Panchita quedaron consternados con la noticia que corrió de mesa en mesa a la hora de la comida: Osvaldo Bermúdez iba a tener que cerrar su boliche, que explotaba desde hacía tantísimo tiempo. Los nuevos propietarios de la casa, una ratonera donde el boliche obstruía casi toda la entrada, pensaban demolerla para construir un edificio de muchos pisos, y como Osvaldo no tenía papeles no iba a poder reclamar ni un centavo de indemnización.

— ¡Mala cueva, Bermúdez! —le dijo don Damián Marmentini, un abogado al que Osvaldo fue a consultar porque era cliente suyo: don Damián pasaba todos los días a comprar un Viceroy y una bolsita de mentas en la mañana, camino a su trabajo; y de vuelta, en la tarde, pasaba a comprar otro paquete de Viceroy, «para la tele», decía, y otra bolsita de mentas—. El permiso de explotar un boliche en la entrada de esa casa, según estas cartas que son insuficientes para entablar cualquier demanda a nivel personal, y para qué hablar de un pleito, fue concedido a su mamá *sólo de palabra* por la mamá de los ex propietarios del inmueble, don José Luis y el presbítero don Fabio Rodríguez Robles. Estos señores, que ya están muy ancianos, testaron en favor de la Beneficencia Pública por carecer de descendientes directos, pero esa casa la traspasaron *en vida* a la Beneficencia. En ese sitio, dicen, van a construir un gimnasio muy grande, con piscina temperada, sauna y todo. Pelear con la burocracia es inútil, Bermúdez, algo kafkiano, como dicen los jóvenes de ahora. ¿Y qué quiere hacer si usted ni siquiera se acuerda en qué año su mamá instaló el negocio, y su papá no puede hablar desde que sufrió la hemiplejía? Y después de la muerte de su mamá hace tanto tiempo, ¿con qué puede justificar su derecho a seguir usufructuando del privilegio personal y de palabra que le concedieron, qué sé yo cuándo, a ella? Mejor sería quedarse callado, Bermudez. ¡Capaz que terminen metiéndole pleito a usted por los años que ha disfrutado de ese privilegio! ¡Apuesto a que esos señores no deben ni acordarse de que existió el boliche! ¿Y sabe qué más?, se me ocurre que ni siquiera se acordaban de que eran dueños de esta casa hasta que el albacea se arregló con algún gallo de la Beneficencia para el traspaso. ¡No quiero pensar en las tajaditas que sacaría cada uno de ese negocio! Quien dice albacea dice ladrón, Bermúdez, para que lo vaya sabiendo. Mire, dígame si no hay gato encerrado: ¿por qué no lo molestaron jamás a usted, ni a los arrendatarios? Para que no se destapara la olla antes de que ellos tuvieran listo su pastel. ¡Si hasta aguantaban que hubiera una

fábrica de timbres de goma en el segundo piso, al fondo del pasillo, cuando todo el mundo sabe que está prohibido tener fábricas ahí! ¿Y cuántos años hace que vive en su pieza la adivina, esa vieja de pelo pintado colorín, si no permiten vivir ahí porque es un edificio para oficinas no más y ella hasta se hace de comer en un anafe que llena la escalera de olor a parafina? No. A mí no me vienen a contar cuentos: el albacea o administrador, o lo que sea, prefirió quedarse calladito. Esa casa es de puro adobe y de tabiques tembleques, pese a lo ornamentadas que son las ventanas que dan a la calle, una carga que no le compensaba al albacea. ¿Y qué quiere que le diga, Bermúdez?, yo le encuentro toda la razón al albacea, aunque usted, que es mi amigo, salga damnificado: fíjese que capaz que el pobre albacea sea albacea de pura palabra no más, y después se quede sin pan ni pedazo, igual que usted. Estos favores de palabra, que antes otorgaban las personas ricas a la gente relacionada con ella por amistad o por servicios o vaya a saber uno por qué, bueno, para qué le digo, son unos laberintos de nunca acabar. Es como si a la gente antigua le gustara otorgar prebendas sin dejar nada escrito para no comprometerse, y poder hacer lo que quiera cuando quiera sin que nadie pueda cobrar promesas y así controlarlo todo. ¡Si a veces ni las empleadas tenían sueldos fijos! Ni los administradores. Ni los notarios.

Ni los abogados. ¡Eran «como de la familia»! Les pagaban regalándoles cosas, o consiguiéndoles garantías, o avalándolos o recomendándolos para algo..., hasta mandándoles cosechas de los fundos, qué sé yo, lo importante era que no existieran documentos que comprometieran a nada. Varias personas así, de la vieja escuela, han querido que yo me encargue de sus cosas. Comienzan por decirme: «Para qué vamos a hacer escrituras, pues, don Damián, si usted es como de la familia y nunca va a haber ni un sí ni un no entre nosotros». Yo arranco a perderme porque uno se puede volver loco con cuestiones así. Lo que importa, Bermúdez, lo que cuenta, son los papeles, nunca se olvide de eso. ¡Mire que si el favor que le hizo la mamá de los Rodríguez Robles a su mamá constara en un papel, otro gallo muy distinto le estaría cantando a usted ahora!

En el comedor, nadie le tocó el tema a Osvaldo. Pero en cuanto salió con su bandeja de comida para llevársela a su papá y ayudarlo a comer, cucharada por cucharada como a una guagua, los demás pensionistas se reunieron en la mesa de la señora Panchita sin siquiera mirar la tele, que siempre se prendía en el comedor después del postre, a comentar que al pobre Osvaldo le tocaba toda la mala suerte. Para empezar, el papá, «que siempre fue harto flojo», se sintió con derecho a opinar la señora Panchita porque padre e hijo compartían la misma habitación en su casa desde hacía doce años: el viejo obligaba a levantarse tempranito a Osvaldo, que trabajaba en el boliche de sol a sol; él, en cambio, se presentaba en el negocio bastante tarde, una hora antes de almorzar, fragante de colonia; y después del almuerzo dormía una siesta larga porque no se privaba de su jarrita de tinto de la casa, y volvía al boliche una hora antes del cierre. Entonces él hacía el balance de lo que Osvaldo había recaudado durante el día. Esta plata se la metía en el bolsillo. Quién sabe qué clase de cuentas

haría con el pobre Osvaldo, a quien trataba como a un niño, pese a sus cuarenta y siete años; y después, el asunto interminable de los médicos, y la enfermedad, y los malditos remedios que ahora eran un gasto de nunca acabar para el pobre Osvaldo...

—Eso es lo peor... bueno, antes de la mala suerte de lo del boliche —opinó la Olga Riquelme, que vivía en la casa de la señora Panchita desde hacía apenas tres años y no tenía para qué estar conmoviéndose tanto con las cosas de los Bermúdez; con el fin de ponerla en su lugar, la señora Panchita la contradijo, recordándole que un padre es siempre un padre.

Las relaciones entre las dos se habían deteriorado bastante después del primer entusiasmo de la dueña de casa cuando le encantó cómo se vestía la Olga y por eso la aceptó de pensionista. Pero después le pasaron el cuento de que la nueva andaba diciéndole a todo el mundo que era el colmo que cobrara entrada para ver la televisión en el comedor después de la cena. La señora Panchita le dio a entender por medio de su compañera de trabajo en el Correo, la Delia, que si no estaba satisfecha con las reglas que ella imponía en su casa no tenía más que retirarse: había una *cola* de postulantes a pensionistas porque su casa tenía *muy* buena fama.

—La Olga Riquelme se cree —comentó la señora Panchita a raíz de que la Olga dejó de ir a ver la televisión, encerrándose en la pieza de la Delia a escuchar el transistor que la Delia estaba comprando a plazos—. Y está contagiando a la Delia, que antes era harto dije. Y no tiene nada de qué creerse la Delia, porque ahora tienen transistores hasta los obreros de la construcción y además es coja.

Claro que la Olga Riquelme compraba la revista *Paula*. Una vez, cuando la curiosidad de la señora Panchita pudo más que su discreción, mientras la Olga estaba en el trabajo, entró en su pieza con su llave de dueña de casa, y casi sin darse cuenta se pasó toda la tarde entretenida mirando las modas y todo, y la Olga casi la pilló al regresar un poquito más temprano que de costumbre. Pero eran todas *Paula* viejas, compradas de segunda mano, así es que no era para creerse tanto. Cuando llegó a oídos de la Olga que la señora Panchita andaba comentando que ella se vestía pasada de moda, la Olga no pudo más de rabia: entonces fue y se compró televisión propia, en colores, no en blanco y negro como el vejestorio de la señora Panchita. Convidaba a ver su *televisión en colores* a la Delia, a Osvaldo y a Aliaga, un chiquillo de lo más despierto, que parecía un figurín por lo arreglado y flaquito y con su bigotito negro tan bien recortado, que jamás venía a almorzar fuera de los sábados, porque en la semana, y cuando le tocaba turno también los domingos, almorzaba en el cementerio. A veces, sobre todo para el fútbol, que siempre le había encantado al viejo, traían al papá de Osvaldo amarrado con un cinturón a una silla porque les daba miedo que se resbalara, acarreándolo con Aliaga desde la habitación de los Bermúdez al otro extremo del pasillo: el pobre viejo no se podía mover ni hablar ni gritar, pero en los momentos eufóricos de un gol parecía emitir ciertos ruidos, y era como si le brillaran un poco sus ojos piturrientos. La Olga también se hacía

Librodot

pagar, pero lo mismo que cobraba la señora Panchita, cuya tele al fin y al cabo no era más que en blanco y negro, de modo que salían ganando.

La Delia le comentó que la señora Panchita decía que era el colmo que le cobrara a un pobre inválido como el papá de Osvaldo por ver su tele. Para vengarse, la Olga le dijo a la Delia, para que la dueña de casa, que andaba cerca, se muriera de envidia:

— ¿No te encantó ese color lacre del vestido de la Katy Velázquez en el número tropical, con el mar azulino al fondo, en el *show* de los años cuarenta de anoche?

Don Walter Urzúa y su familia, y los mellizos Poveda que estudiaban informática, a los que la señora Panchita trataba como a reyes aunque eran de Curanilahue no más pero estaban en la Universidad de Chile, levantaron sus ojos del plato de cochayuyo, miraron desolados a la Olga Riquelme, y después de volver a bajar la vista a sus cochayuyos respectivos se tragaron lo que les quedaba en el plato sin muchas ganas de pagar nada por el show de medianoche en la televisión en blanco y negro que la señora Panchita les ofrecía como amenidad.

Lo que nadie sabía, ni la Delia, que era su mejor amiga, ni Aliaga, que siempre revoloteaba alrededor de la Olga y de la Delia y de Osvaldo, como si perteneciera «a su grupo» y este presunto «grupo» fuera de un nivel superior a los otros pensionistas, era que ni Osvaldo Bermúdez ni su padre pagaban entrada para ver la tele en colores de la Olga Riquelme. Todos sabían, e incluso estaban un poco cansados de oírla repetirlo, que ella ya no aguantaba más esto de andar viviendo de pensión en pensión, comiendo comida de segunda, sin tener nada propio, ni muebles ni tele, cambiándose cada tanto tiempo porque era muy frecuente que las pensiones quebraran, y que ningún ahorro ni ningún esfuerzo eran demasiado grandes para llegar a ser propietaria, la finalidad de todos sus ahorros. Discutieron mucho con la Delia los pro y los contra del gasto que significó comprar una tele en colores: hacía años —a veces le parecía que eran siglos— que la Olga Riquelme estaba guardando plata para comprar una casita o un departamento, lo que fuera con tal que fuera propio, de donde nadie la pudiera sacar, sin tener que andar mirándoles la cara a diversas señoras Panchitas más o menos antipáticas, libre para hacer lo que se le antojara sin que nadie se metiera en sus asuntos. Comprar una tele a plazos era la atrevida inversión de una parte de su capital, que tenía invertido en SuperRent con el fin de pagar el pie de una propiedad. Discutía con la Delia, asegurándole que iba a amortizar el costo de la tele con lo que cobraría por la entrada, ya que no dudaba de poder quitarle el público a la tele en blanco y negro que chirriaba en el comedor. Insegura de su apasionado gesto vengativo en contra de la señora Panchita, sin embargo, se dio cuenta de que no iba a ser suficiente el pago diario de Aliaga y de la Delia —le daba no sé qué cobrarle a la Delia, de modo que le hacía precio especial porque ella no era de las que se olvidan: cuando ella no tenía tele la Delia la invitaba a su pieza a oír su transistor—, porque esto sumaba harto poco. Pero pronto descubrió que cuando tenía su tele en colores encendida, si dejaba entreabierta la puerta de su dormitorio que quedaba

Librodot

directamente enfrente, puerta con puerta, con la del escusado, la afluencia de pensionistas al escusado era muchísimo mayor que de costumbre. Al entrar o salir, o antes de entrar esperando que saliera quien lo ocupaba, desde afuera la gente se quedaba mirando la tele en colores de la Olga Riquelme y murmuraba:

— ¡Qué lindo!, ¿no?

La Olga, entonces —no por mala, sólo porque estaba dispuesta a todo con el fin de cumplir su aspiración de ahorrar para ser propietaria—, cerraba la puerta en sus narices porque, decía, le cargaba la gente intrusa; y no la volvía a abrir hasta que oía al otro lado del pasadizo que tiraban la cadena del escusado, abrían la puerta y se iban. Los mellizos Poveda estaban, calculó la Olga, a punto de caer: tres o cuatro veces por noche, con el rollo de papel confort en la mano, entraban o salían, cualquiera de los dos porque era casi imposible distinguirlos, al escusado, o esperaban turno mirando hacia la pieza de la Olga, que cada vez se demoraba un poquito más en cerrarles su puerta, cada vez con mayor benevolencia.

Osvaldo Bermúdez era sobre todo un hombre caballeroso y discreto, de modo que en cuanto oyó las murmuraciones se puso a alabar la generosidad de la Olguita Riquelme porque dejaba entrar gratis a su pobre papá enfermo a ver su televisión en colores. Pero a nadie le reveló el secreto de su propia asistencia gratis a tan notable espectáculo. A veces se ponían difíciles las cosas, porque, por ejemplo, Aliaga, que se arriscaba con cualquier prerrogativa de otro a la cual se sentía con parecido derecho, podía darse cuenta de que en el momento de pagar su entrada, Osvaldo tocaba la palma mullida de la Olguita sólo *simulando* poner en ella dinero. Desagradable esto de hacer la comedia. Pero era importante que en la pensión no se comentara nada, aunque tarde o temprano, porque la gente era tan metete, no faltaría quien hociconeara, suponiendo cosas que por desgracia —o por fortuna— eran verdad. Con frecuencia Osvaldo Bermúdez tenía que esperar hasta la una de la mañana, después de que todos se durmieran al terminar la tele en blanco y negro del comedor, para ir a la pieza de la Olguita, que cuando así lo convenían dejaba su puerta sin llave. En público la Olga Riquelme y Osvaldo Bermúdez se hablaban cortésmente, como lo exigía el ambiente impuesto por la señora Panchita, como el estilo de su casa: familiar pero no confianzudo. Ahora, con lo de la tele propia, iba a ser más fácil tener vida privada sin andar buscándose por los rincones de la galería para ponerse de acuerdo si acudir o no esa noche a la cita galante. Claro que el hecho de que la pieza de la Olga quedara justo frente al escusado ayudaba a disimular: cuando Osvaldo iba a ver a la Olguita en la noche, siempre llevaba un rollo de papel confort en la mano, como si se dirigiera al escusado. Una vez, serían las dos, el papá de Osvaldo comenzó a quejarse en ausencia de su hijo, tanto que don Walter Urzúa y su señora y sus dos niños despertaron, es decir, despertó la antipática de la chiquilla que despertó a su papá y a su mamá y a su hermanito, asustada, dijo, porque parecía que estaban torturando a alguien en la pieza de al lado. La señora de don Walter fue a despertar a la señora

Panchita, que no encontró a Osvaldo en su dormitorio para atender a los ayes de su padre, lo que casi inició una pequeña conmoción nocturna. Por suerte no pasó a más: Osvaldo y la Olguita, estuvieran haciendo lo que estuvieran haciendo y a cualquier hora, lo hacían con la oreja parada por si las moscas, y Osvaldo alcanzó justo a meterse en el escusado antes de que a don Walter se le ocurriera ir a buscarlo allí.

—Es que parece que algo me cayó mal al estómago —explicó Osvaldo—. Y a mi papá también.

— ¡Tan delicado que se les ha puesto el estómago desde que ven tele en colores! —observó la señora Panchita.

— ¡Viejo de mierda! —estalló la Olga ante la Delia ese domingo después de la visita del médico—. ¡No lo puedo ver!

— ¡Ay, Olguita, no hables así! ¡Pobre caballero! Nadie tiene la culpa de ser enfermo.

—Cada visita del doctor cuesta una fortuna —exclamó la Olga, cercenando con un mordisco la punta de su *hot-dog*, chorreándose los dedos con viscosos jugos de colores.

Las dos compañeras de pensión, compañeras también en la oficina central de Correos y Telégrafos, salían casi todos los domingos en la tarde al Paseo Ahumada a dar una vuelta y mirar las vitrinas y la gente, y a comer algo rico y tomarse una pílsener: un domingo invitaba una, otro domingo invitaba la otra, de modo que el gasto se equiparaba. Estas ocasiones eran las más propicias para las confidencias, porque tanto las paredes de la pensión como las de la oficina tenían oídos. La Olga Riquelme le contaba a la Delia —que nunca había tenido pretendiente porque era coja y por eso era tan tímida— que a ella, que era entradita en carnes y le gustaba pintarse y arreglarse y caminaba contoneándose un poco con unos pasitos cortitos de lo más sexy, alguna vez un empleado poco respetuoso la había atracado contra los sacos de correspondencia en un rincón, y tratando de meterle la mano por debajo de la pollera le resoplaba en el oído:

—Fijita rica... ¿Cuándo nos vamos a pegar un buen atraque los dos? Le tengo unas ganas, fíjese...

Pero generalmente eran chiquillos atrevidos no más, o viejos con ese olor parecido al olor del papá de Osvaldo. Cuando la pobre Delia consideraba lo atroz que debía ser que le faltaran el respeto a una, la Olga Riquelme no se atrevía a confiarle que, al contrario, era más bien agradable; y que después que a una se le pasaba la rabia, una se sentía como liviana... como esponjosita. Pero había uno, jefe en Avenida Marta, que cada vez que venía a rendir cuentas en la Central, la buscaba, y ella se escondía pese a que lo sabía propietario; pero la encontraba... y cuando comenzó a invitarla y a ofrecerle de todo, aunque era viejo y viudo, un domingo la Olga y la Delia tomaron una micro a la Gran Avenida para curiosear cómo era la casa del viudo, que quedaba por una de las calles transversales. En la micro de regreso la Olga declaró que no podría aceptar, aunque las intenciones

del viudo fueran serias.

— ¿Pero por qué, Olguita, por Dios?

—No me gusta ese barrio.

—Una no tiene edad para andar regodeándose —declaró la Delia con agudeza.

—Tengo otros planes.

— ¿Lo de la casa propia? ¡Eso es para el Día del Juicio, pues, Olguita! No te hagas ilusiones, que con lo que ahorras, y aunque los mellizos Poveda se decidan por tu tele, no pasa de ser una ilusión.

Fue entonces —después del almuerzo, en una destartalada micro casi sin pasajeros, un caluroso domingo en que las calles parecían desiertas porque todo el mundo estaba viendo el partido— que la Olga Riquelme le confió sus cosas a la Delia. Tenía que comentarlo con alguien, exclamó, si no, reventaba... y una era tan sola, y las compañeras de oficina eran unas envidiosas que se iban a reír porque Osvaldo tenía un bolichito en la puerta de un caserón de la calle San Diego no más, donde vendía cigarrillos y caramelos y limaba llaves, y no tenía ni empleo ni profesión. ¡Pero por lo menos trabajaba en lo suyo, como si fuera propietario de su boliche! ¿A quién contárselo, en quién confiar, sobre todo ahora que no podía más con la tentación de lo del viudo, sino en la Delia, que era su mejor amiga? Que le jurara, eso sí, que por boca de ella nadie jamás iba a saberlo: ella y Bermúdez estaban comprometidos para casarse en cuanto falleciera el viejo de mierda del papá, que ahora se llevaba toda la plata en cuentas de médicos y en remedios..., una cosa de nunca acabar, que a ella la tenía medio loca. Pero a pesar de todo, Osvaldo era tan empeñoso que lograba ahorrar un poquito, lo cual, sumado a lo suyo, y colocado en la Financiera SuperRent, iba aumentando. Si se casaban sería fácil ahorrar para el pie de la propiedad, puesto que entonces Osvaldo se trasladaría a vivir a la pieza de ella en la pensión, y así, con menos gastos, si no venía la crisis, y los despidos no aumentaban como todos temían que sucediera de un momento a otro, y trabajando bien el boliche, bueno, no era una ilusión tan descabellada que ella y Osvaldo llegaran a ser propietarios. Como oscurecía tarde porque era uno de esos días veraniegos en que los chiquillos andan con coronas de ramas de sauce en la cabeza y comen sandías sentados en las cunetas de las calles de las afueras, la Delia y la Olga tomaron el metro, y después otro bus que las llevó hasta un sector poco poblado de La Reina —a la Olga siempre le había apetecido el barrio alto—, y se internaron por los tierrales a examinar un brote de casitas, multicolores para disimular que eran todas idénticas, pero por lo menos rodeadas de unos cuantos metros de terreno donde cultivar unas flores y tener un perro. Ella y Osvaldo ya las habían ido a ver. Y preguntado precio y condiciones: con las facilidades de compra que daban ahora no era imposible que ella llegara a ser propietaria. No iba a estar haciendo leseras con mocosos atrevidos o con viudos cargados con un ceremil de hijos y nietos, si tenía esta bella ilusión que acariciar con Osvaldo. Claro que no podían decírselo a nadie por lo del papá, ya que todo

dependía de que falleciera. Y eso sonaba feo. Y también por...

— ¿También por qué, Olguita? *Tienes* que ser franca conmigo...

Le compraron dos Savory de chocolate al hombre del carrito que pasó tintineando. Ya oscurecía. Al bajar por la calle Agustinas hasta la pensión en la Avenida Portales, la Delia lloró amargamente cuando la Olga le contó que hacía dos años que mantenía relaciones con Osvaldo. Al comienzo la Delia le dijo que la despreciaba, que quién sabe cuántos amantes había tenido en otras pensiones antes de llegar a ésta. La Olga, pensando mandarla a la mierda por cartuchona, se retuvo y optó por no hacerlo: si lo hacía, la Delia, en venganza, podía contárselo a todo el mundo en la pensión. Y como la moralidad era lo principal para la dueña de casa porque si no capaz que creyeran que la suya era una casa de un carácter muy distinto, la señora Panchita tendría derecho a echarla. Así, la separaría de Osvaldo, obligándola a cambiar de domicilio otra vez más y a perder el mínimo rebozo de relaciones en el hueco que había logrado hacerse, aunque fuera transitoriamente, en la pensión de la señora Panchita. Transitoriamente, porque cuando ella fuera propietaria no iba a convidar a su casa a cualquiera, no señor, ya que con seguridad encontraría gente muchísimo más interesante con quien relacionarse en su casita, le dijo amenazante a la Delia, que vio peligrar su posesión de una amiga íntima con casa propia y jardín, a quien visitar en los amables domingos del futuro. Angustiada, fascinada, la cojita le explicó que lloraba, chupando lo que quedaba de su helado, porque le daba miedo y vergüenza todo eso y un poco de asco. ¿Cómo era esa cosa que tenían los hombres, y cómo se hacía, cómo se ponía una en la cama, y si la cosa se les ponía dura así de repente como esos pitos que los niños soplan para los cumpleaños que a ella siempre le habían dado tanto susto? ¿Dolía mucho? ¿No, nada? Que le contara todo, por favor, que le contara todo, mi linda, se fue acalorando la Delia, que yo no sé, y como soy coja nunca voy a saber nada, y las cuestiones del amor no pueden ser tan desabridas como en las películas. La Olga se dio cuenta de que la avidez de la Delia le había ganado una aliada incondicional porque de ahora en adelante dependería en forma absoluta de su persona para alimentar la despoblada vida erótica de su fantasía.

La demolición de la casa en la que Osvaldo Bermúdez tuvo su boliche era un drama que tocó el alma de todos los pensionistas de la señora Panchita. Al encontrarse con él en los pasillos le sonreían con respeto, como a alguien al que hay que dejar solo con su duelo. A veces iban Osvaldo y la Olga, a veces los acompañaban la Delia o Aliaga, que era atacante porque se les pegaba todo el tiempo, a ver a los peones desmontando el tejado y las puertas, o con chuzazos y un empellón tumbar todo el tabique de papel floreado que había sido un pasillo. Finalmente, quedó sólo la fachada color rosa en pie, con sus siete aparatosas ventanas en el segundo piso, a través de las cuales se veían unas nubes correteando por el cielo despejado.

—Mala cosa —le dijo la adivina a Osvaldo, porque ella también solía acudir a presenciar las diversas etapas del desastre; parados en la vereda de enfrente mirando la demolición, él, al principio,

Librodot

no la reconoció sin su kimono multicolor y sus chanclos de marabú, creyéndola sólo una vieja intrusa y fumadora con el pelo recogido en un turbante plomizo.

—Esto nos va a traer la mala a todos.

En la cama, sin siquiera acariciarse porque hasta para eso hacía falta ánimo, la Olga se puso furiosa cuando Osvaldo le contó el augurio de la parca: debía estar informada, ése era su modesto oficio que ahora quizás en qué insalubre tugurio ejercía:

— ¿Nos va a traer la mala? —casi gritó, pero en susurros, la Olga—. Si ya la trajo. ¿Qué más quiere esa vieja? ¿Cuánto tiempo llevas sin trabajo desde que te desalojaron? Meses. Yo no estoy dispuesta a mantener a ningún hombre. Con el desempleo y la crisis que hay ahora ni de barrendero van a querer tomar a un hombre de tu edad y sin oficio. Cesante, como me contaba mi mamá que era mi papá cuando joven, pidiendo comida de puerta en puerta con un tarrito y el paltó sujeto con un alfiler de gancho como cuando la crisis del año treinta con el paco Ibáñez. Pero cuando mi papá murió de tifus exantemático, que era una peste que en ese tiempo mataba a la gente pobre y ahora, como están las cosas, capaz que vuelva, mi mamá no se dejó morir, no señor, tira para arriba la vieja, siempre tira para arriba y no sé cómo se las arregló para conseguirse una máquina de coser y arrendábamos una pieza que la vieja pagaba con costura, y cuando no podíamos pagar empeñaba su máquina, que era una Singer de las de mano, no de las de pedal, y pagaba la pensión con eso, y después no sé cómo se las arreglaba para rescatar su máquina, y comenzábamos otra vez en otra pensión. Pero el viejo era cesante, con su tarrito, nada más, igual a como vas a ser tú ahora que las cosas andan tan malas otra vez, dicen en la oficina, todo el mundo muerto de miedo que pase algo y quedar sin trabajo. ¿Cuánta plata tienes ahorrada? Cuenta. No seas tonto, así no, déjame contar a mí. Te alcanza apenas para la pensión, para ti y tu papá, por lo que falta de este año. Y menos si al viejo se le ocurre enfermarse...

Pero al viejo se le ocurrió enfermarse al día siguiente de esta conversación, y morir. Aliaga fue de gran utilidad en esta coyuntura porque trabajaba en la oficina del Cementerio Católico, donde pese a su juventud tenía una excelente posición: sabía de muy buena tinta que aunque hicieran la reducción de personal temida allí igual que en todas partes, él quedaría, porque no era ningún tonto y sabía muy bien cuáles eran los amigos que pesaban. Hizo dos o tres llamadas por teléfono —que la señora Panchita no le cobró, dadas las circunstancias— mientras velaban el cadáver en su ataúd en el dormitorio del cual el anciano casi no salía desde hacía años, rodeado de los pensionistas y sus niños, y de don Damián Marmentini, y de la adivina que quién sabe de dónde descendió con su enorme melena colorada y su vestido de loro, fumando y rezando el rosario con profunda voz teatral, sin que nadie se atreviera a dirigirle la palabra a tan asombroso pajarraco que los niños contemplaban boquiabiertos. Aliaga llamó a Bermúdez, que rezaba junto a la Olguita, porque quería hablar con él afuera de la capilla ardiente.

—Todo del uno —le susurró Aliaga satisfecho.

— ¿Cómo...?

—Cero problemas: conseguido el nicho.

Lloroso, Bermúdez le dio un abrazo, agradeciéndole el favor que le hacía ocupándose de esto.

—Para servirle, Osvaldo. Mire: aquí tengo el número, galería H, número 401, de temporales.

— ¿Qué son temporales?

—Bueno, es la modalidad moderna de inhumar a los deudos. Se compra derecho a la ocupación del nicho por un tiempo y después de unos años...

—Claro. Por un tiempo. Mientras se pasa la pena y uno se olvida —casi le gritó Osvaldo en el pasillo, vacío porque todos los pensionistas se encontraban hacinados en la pieza de los Bermúdez—. No, no, yo no quiero esos nichos temporales para mi papá. Quiero una sepultura perpetua, no uno de esos hoyos terribles en la pared donde van cambiando a los muertos cada tantos años cuando la parentela se olvida de ellos, y los echan a la fosa común como si fueran basura. No, no. Mi mamá quién sabe dónde estará enterrada, la pobrecita. Mi papá nunca me lo dijo, y después, con la hemiplejía, cuando ya no hablaba y quise saber, no pudo contestar. No, a mi papá por lo menos yo no lo voy a dejar tirado. Quiero una sepultura perpetua para él, de donde nadie jamás vaya a poder sacar sus huesos.

Para no causar escándalo —los pensionistas curioseaban al verlos discutir en el pasillo; la Olga Riquelme no se atrevía a terciar en la discusión temiendo que la gente se diera cuenta del grado de intimidad que mantenía con los Bermúdez—, Aliaga y Osvaldo se encerraron en el comedor para parlamentar tranquilos.

¿Estaba loco?, le preguntó Aliaga. Una sepultura perpetua en el Cementerio Católico era una propiedad que podía costar poco menos que una casa, bueno, casi, un lujo que nadie como ellos podían darse y era una tontería. Él mismo le había escrito a su papá en Iquique y el viejo le recomendó que no fuera tonto, que mejor ahorrara para comprarse un autito porque hoy por hoy un auto, no una casa y menos una sepultura, revela la calidad de las personas. El Cementerio Católico, de acuerdo, era un cementerio de gran categoría, donde estaba enterrada la gente más rica de las familias más antiguas: pero era... ¿cómo decirle para que entendiera?, era un cementerio con escaso movimiento ahora, un poco pasado de moda porque claro, toda la gente rica de antes estaba muerta y el Cementerio Católico, para qué le iba a decir una cosa por otra, estaba casi lleno, aunque se pensaba ampliarlo. Era una lesera gastar tanto. Se lo decía él, Aliaga, un hombre realista y moderno. Pero Osvaldo, sordo a razones, ciego a cálculos, embrutecido por el dolor, insistió en comprarle una sepultura perpetua a su padre. Cuando Aliaga no pudo hacer más para convencerlo de lo contrario, sin avisarles a las lloronas que se quedaron velando al muerto, los dos se fueron al Cementerio Católico, donde Osvaldo Bermúdez pagó al contado el precio de una sepultura perpetua para su

Librodot

padre en uno de los patios más retirados y en una de las galerías más altas para que no le saliera tan caro.

Osvaldo despidió a la gente que los acompañó al cementerio, regresando a su pensión con Aliaga, con los mellizos Poveda, con don Damián Marmentini y con la señora Panchita al cuidado de los niños de don Walter Urzúa, que se habían puesto a chillar porque ambos progenitores estaban trabajando el mismo turno en la Fuente de Soda del Portal Fernández Concha y no iban a poder asistir. Ni a la Olga ni a la Delia les dieron la tarde libre en el Correo para acompañar el duelo.

Fue sólo en la tarde cuando Osvaldo llevó aparte a la Olguita para revelarle lo que había hecho. Ella, sin contestarle ni preguntarle nada se encerró en su pieza y no volvió a aparecer hasta la hora de la comida. Cuando esa noche Osvaldo fue a visitarla no estaba seguro de si iba a encontrar su puerta abierta o cerrada. La encontró sin llave. Entró y cerró. Ella le susurró en la oscuridad que no se tomara la molestia de acercarse y menos de desvestirse... después de la imbecilidad que acababa de hacer, que considerara sus relaciones terminadas para siempre y, por favor, saliera inmediatamente de su pieza, que alguien podía darse cuenta. Pero Osvaldo no salió: se sentó a los pies de la cama de la Olga Riquelme para alegar la causa de su amor. Aunque con el corazón destrozado, porque ella no era de hielo —así se lo comentó después a la Delia—, lo rechazó terminantemente, resistiéndose a la tentación de prodigarle la ternura que ella sabía que en esa ocasión él ansiaba; ella era sólo capaz de dársela a alguien que fuera propietario, o que aspirara a serlo, como Osvaldo Bermúdez si no hubiera cometido la idiotez de gastar todos sus ahorritos en el entierro del viejo de mierda de su papá. Osvaldo, en cambio, tenía un sentido familiar muy extraño, quién sabe por qué, si era igual a ella no más, a todos ellos, a la gente común y corriente de la pensión que abandonando sus raíces en los barrios y los pueblos vino gravitando hacia el centro, que se los tragó: allí no importaba de dónde salieron ni dónde dejaron a sus muertos, con la consecuencia de que tampoco sentían el desvelo causado por la inquietud de dónde iban a quedar sus propios huesos porque eran víctimas de problemas más apremiantes: problemas como no saber si se las iban a poder arreglar para llegar desde el momento presente hasta la tumba. Que *ella,* la Olga Riquelme, tuviera un sentido de familia con su mamacita que casi se mató de tanto trabajar para sacarla adelante, eso sí. Pero ni *ella* se había preocupado de averiguar —y lloró con amargura al recordarlo— si había terminado o no el período a que los restos de su madre tenían derecho en el nicho temporal cuyo número ya no recordaba.

Para Osvaldo Bermúdez, después de que rompió con la Olguita, fueron semanas duras las que siguieron al entierro de su padre. Arrastrando los pies por las hojas caídas de los plátanos otoñales

del Parque Forestal, junto a la reja del río, escudriñaba la menguante columna de Empleos Ofrecidos del Mercurio, igual a otras figuras desteñidas que iba dejando atrás. Nada: sólo la respuesta de este vientecito helado. Y lo acometió la tentación de lanzarse al Mapocho, como tanta gente solía hacerlo, lo que además de anular todos sus dolores era la solución de qué hacer con su osamenta, que nadie reclamaría. Se sentó en uno de esos escaños nuevos, esos pintados de blanco igual que en las películas, que pusieron para que los pololos miraran el río y el cerro San Cristóbal. Aterida como un gorrión disminuido por el frío entre sus harapos grises, en el otro extremo del escaño dormitaba una persona inmóvil. Osvaldo iba a cambiarse a otro escaño para estar solo, cuando la mujer, que parecía vieja y dormida, le pidió un cigarrillo.

—Lo siento. No fumo.

— ¿Y cómo no te agarró el vicio, tú que vendías cigarrillos? —le preguntó de entre sus bufandas la adivina, que Osvaldo rehusó reconocer porque no le gustaba esa mujer que se metía en todo.

Él se levantó para partir, respondiéndole:

—Suerte, no más.

— ¿Adonde vas? —le preguntó la vieja.

—A ver a mi papá que está en el cementerio.

Inclinándose, la adivina cogió del prado un diente de león y se lo entregó a Osvaldo:

—Toma. Llévale esta florcita amarilla en mi nombre. Y dale saludos míos: éramos muy amigos.

Osvaldo no fue al cementerio. Era demasiado larga la caminata. Poniéndose el diente de león en el ojal, donde no tardó en languidecer, se fue a su pensión porque por lo menos ahí no corría viento. Aliaga, eufórico, lo esperaba en la entrada: quería saber inmediatamente, sí, era urgente sobre todo que la respuesta fuera *inmediata*, si aceptaría o no un trabajo en la oficina del cementerio. Un puesto bajo, claro, subalterno suyo —suche, para decirlo de una vez por todas, aunque ahora los llamaban *juniors*—, y aunque no ganara precisamente una fortuna al principio, por lo menos era algo después de tantos meses sin trabajo..., podía hacer carrera pese a las leseras que la gente ignorante decía sobre los que trabajan en el cementerio. Eso sí, tenía que contestarle sí o no ahora mismo: había una cola de gente esperando esta vacante producida en forma tan sorpresiva, y la pecha, con las cosas tan desesperadas como estaban, bueno... era como para no creer lo que la gente era capaz de hacer con tal de conseguir pega. Pero él, Aliaga, sabía relacionarse, haciendo chistes, halagando a la persona precisa, vistiéndose como un maniquí, madrugando a los demás cuando se presentaba la oportunidad, como ahora: no perdía el tiempo metiéndose con cualquiera, y resulta que él y el curita, clave en el asunto, hacían muy, pero muy requete buenas migas. ¿Quiubo, Bermúdez? ¿Sí o no? Era cuestión de minutos, de audacia..., de segundos, quizás, para llamar por teléfono ahora mismo y dar

Librodot

una respuesta afirmativa.

¿Qué diría la Olguita?, fue lo primero que alcanzó a pensar Osvaldo. ¿Por qué hoy no estaba a su lado, como en todo, para mirar sus ojos y saber si esto o aquello era digno de ella (en tiempos más felices se trató de que fuera digno de «ellos»; si tal actitud de alguien o tal presunción los menoscababa), si en este caso debía aceptar o no? ¿Y si resultara que le daba más vergüenza estar enredada con un empleado del cementerio que con un cesante?

—Sí... —se arriesgó a contestar Bermúdez, ya que uno siempre podía echar pie atrás si ese trabajo era tan codiciado como decía Aliaga, que corrió al teléfono con la respuesta afirmativa de su candidato; o si la Olguita arriscaba la nariz diciendo que era una porquería.

Había papas con chuchoca de comida. Todos estuvieron de acuerdo en que eran demasiado pesadas para la noche. Pero la señora Panchita las hacía muy sabrosas y se repitieron. En la mesa —compartida con Bermúdez y con los mellizos Poveda—, Aliaga, hablando en voz muy alta, como con frecuencia lo hacía para que desde todas las mesas se oyeran sus propias loas a sus logros, comentaba las dificultades, hoy por hoy en Chile, para conseguir un trabajo como éste que él —dependía sólo de una entrevista a efectuarse mañana, y él sabía cómo manejarla— casi seguramente le había conseguido a Osvaldo en el cementerio, con fondo de retiro y todo, o por lo menos eso le contaron; en fin, eran detalles. En lo que se refería a él, pensaba comprarse un mini rojo de segunda mano pero en regio estado y podrían irse juntos al trabajo. La Olga, en la mesa de los Urzúa, que aunque acababan de regresar de Costa Rica le cargaban porque los chiquillos le decían «tía» con la esperanza de que los convidara a ver tele en colores, lo oyó todo. Pero ni pestañeó. Esa noche Osvaldo fue a ver si la puerta de la pieza de la Olguita estaba abierta —se dio cuenta en el comedor de que ella recaudó todo lo que Aliaga dijo—, excitadísimo con la posibilidad de reanudar sus relaciones, y disimulando su excitación con el rollo de papel confort, trató de entrar. Pero encontró la puerta cerrada. Llamó:

—Olga... Olguita...

—Shshsh... ¿Qué quiere?

—Déjeme entrar.

—Váyase. No tenemos nada de qué hablar, usted y yo.

Al fondo del pasillo vio aparecer la figura de Aliaga muy apurado. Osvaldo alcanzó a encerrarse en el *water* y echar el pestillo por dentro.

Aliaga intentó abrir. Al encontrarlo ocupado golpeó:

—Apúrese.

Librodot

—Ya salgo.

— ¡Ah!, ¿eres tú, Osvaldo?

—Sí.

—Estas famosas papas con chuchoca...

Osvaldo salió, merodeando un rato cerca de la puerta de la Olga y llamándola muy despacito sin obtener más respuesta que la orden de partir y dejarla tranquila porque quería dormir. Cuando sintió que Aliaga por fin tiraba de la cadena, Osvaldo se disimuló en un recodo del pasillo para dejarlo pasar. Volvió a la puerta de la Olga Riquelme tratando de explicarle lo de la entrevista de mañana, rogándole que le diera ánimo. La Olga iba a susurrarle algo cuando Osvaldo vio que desde el otro extremo del pasillo, la Delia, cojeando y con un rollo de papel confort en la mano, se apuraba hacia el escusado donde Osvaldo alcanzó a refugiarse. Cuando la Delia golpeó, él salió, diciéndole:

—Buenas noches, Delita...

—Buenas noches.

—Pesadas las papas con chuchoca, ¿no?

— ¡Tremendas!

Y se encerró adentro mientras Osvaldo susurraba por el ojo de la llave de la otra puerta:

—Olguita... Olguita... Ábrame...

Ella también se había acercado al ojo de la llave por el interior, diciéndole muy rápido y en voz muy baja:

—Váyase al tiro, que me está comprometiendo. La Delia acaba de entrar al *water* y le juré que jamás en mi vida me iba a relacionar con un hombre que no fuera propietario. Váyase, mire que la Delia, que es tan novedosa, debe estar aguaitando por el ojo de la llave del *water* detrás de usted. Ya, Bermúdez, oiga, váyase...

—¿Y si mañana me va bien?

El corazón de Osvaldo saltó al oírla titubear:

—Me cargan los cementerios.

—¿Me promete que hablaremos, Olguita?

—Yo no vuelvo a prometerle nada a nadie, pero no estoy peleada con usted...

Osvaldo le lanzó un beso por el ojo de la llave. Apenas alcanzó a incorporarse cuando la Delia salió y, al verlo, sorprendida, le preguntó:

—¿*Tan* mal le cayeron?

—Sí, fíjese.

Y Osvaldo volvió a encerrarse en el escusado hasta que el campo quedó libre para deslizarse hasta su habitación.

Librodot

La entrevista fue un trámite breve y exitoso. Básicamente, adivinó Osvaldo Bermúdez, debido a que Aliaga lo habló todo él. Hoy era sábado a mediodía. Comenzaría a trabajar el lunes.

Por amable sugerencia del jefe, Aliaga acompañó al nuevo a recorrer las galerías más antiguas y prestigiosas del cementerio para que apreciara la calidad del sitio donde iba a trabajar. Encima de capillas con sus lápidas de mármol blanco tras las rejas, lucían los apellidos de los dueños del país. Frente a ellas, uno tras otro, se abrían los arcos a patios luminosos de plantas descuidadas como en los patios de las casas de los fundos, palmeras, diamelas, y era todo un poco pobre, como lo había sido siempre, pese al prestigio de las familias, y un poco descascarado y polvoriento, y tal vez por eso todo parecía tan natural. En este mediodía de esperanza todo se ordenaba bajo el manto benigno de la coherencia, cuya cola, por un instante, Bermúdez creyó vislumbrar: tanto la paz de la vida, que incluía a la inalcanzable Olguita y a los dos gorriones que vio besarse en el ángulo de un sarcófago monumental antes de emprender el vuelo, como la paz de la muerte, representada por una dama languideciendo de dolor a los pies de un Cristo sobre el altar de una capilla: Familia Soto-Aguilar Arriarán, leyó en el dintel.

—¿Qué fundo? —le preguntó Aliaga.

—¿Dije fundo?

—Anda harto rayado hace días, le diré, usted, Bermúdez. A ver si se despercude un poco más el lunes para que me deje bien. Le voy a confiar una cosa: usted causó muy buena impresión. Uno de los argumentos más poderosos que esgrimí en favor suyo fue que recién le compró una sepultura perpetua a su papá en este cementerio. Eso da clase, ¿me entiende?, y se toma en cuenta. No como si hubiera colocado a su deudo en un nicho temporal. Claro que su sepultura es de las más corrientes, pero de todas maneras. Capaz que haya resultado una buena inversión esa sepultura a pesar de mis consejos. Pero, ¿cómo iba a adivinar que de repente, con lo asustados que andan todos con tanto despido, se iba a abrir esta oportunidad?

Aliaga, se dio cuenta Bermúdez, quedaba excluido de esta ligera, liviana sensación de orden de los patios que no era más que el polvoriento desorden de los veranos de otro tiempo, y de estas hermosas encarnaciones del dolor, como la del ángel lloroso elevándose sobre el altar de la capilla de los Elizondo Valledor; o la de la Virgen María dispensando su consuelo a un señor un poco gordo y bigotudo arrodillado ante ella en la capilla de los Valverde Solo de Zaldívar. No ponía atención a las palabras de Aliaga, que ponderaba a estas familias. Estaba preocupado, ahora que el asunto del trabajo se había arreglado, con la amenaza de la Olguita de aceptar la invitación al cine hecha por un viudo propietario de una casa con jardín cerca de la Gran Avenida, noticia transmitida por la Delia esta mañana antes de salir. Pero la Gran Avenida parecía también quedar excluida de este orden de

luz y sombra de los corredores del fundo, y de esta sensación de arraigo que lo había ungido durante su breve paseo que pronto iba a terminar, porque Aliaga se lo estaba diciendo:

—Ahora volvamos.

Y al regresar por el mismo corredor, ahora un poco más rápido porque se estaba haciendo tarde, Aliaga se detuvo ante una capilla, diciéndole a Osvaldo, a quien agarró de la manga:

—Mire, no se fijó en esta capilla tan linda...

Se detuvieron ante la reja: por dentro, la capilla era de mármol rojo —mármol de Verona, se llamaba ese mármol, explicó Aliaga; había sólo dos capillas de mármol de Verona en todo el cementerio, un mármol que ya no venía—, algunas de las lápidas guarnecidas con pequeñas guirnaldas de metal patinado.

—Bronce —explicó Aliaga.

—«Juan Emilio Robles Sanfuentes, 1807-1888; Manuela de la Plaza de Robles, 1827-1899; Hermógenes Rodríguez Albano, 1861-1928; Javiera Robles de Rodríguez, 1879-1965; Mariano Murria Robles, 1920-1967; Victoria Robles de G». —leía Osvaldo.

—¿En qué se quedó paveando? Vamos, pues, Bermúdez.

—¿De qué familia es este mausoleo? —preguntó Osvaldo, alerta de nuevo, elevando su mirada al dintel donde leyó antes de que Aliaga pudiera contestarle—: Familia Robles de la Plaza... ¡Bah!, el segundo apellido de mi mamá era Robles.

—Sí, pero no se pase, pues, Bermúdez; no va a estar emparentado con los Robles propietarios de este mausoleo. Estos Robles eran mineros, de Ovalle, súper millonarios, que tuvieron que ver con la construcción de no sé qué ferrocarril...

—Claro, a Limarí.

—¿Y cómo sabe usted? No, no creo que fuera a Limarí. Fue el ferrocarril a Combarbalá...

—Es el mismo.

—¿Usted cree que lo sabe todo, oiga? En todo caso, estos Robles eran gente súper rica, así que no creo... Hace tiempo que no entierran a nadie aquí, mire, quedan nada más que dos nichos vacíos sin nombre.

—Mi abuelita era de Ovalle.

—¿Y qué tiene que ver Ovalle?

—¿No dijo que eran de Ovalle?

—No. De Coquimbo.

—Puede ser. Pero había una casa de fundo y un patio con una diamela: esos arbustos que dan unas florcitas fragantes, malvas y blancas en la misma rama, y un pino muy grande, y como estuve jugando debajo de la diamela me pegaron porque ensucié el trajecito de marinero blanco que me acababan de regalar. Creo que no volvimos más.

Librodot

Aliaga andaba como rabioso y apurado. Se separaron, Osvaldo para volver a la pensión, Aliaga para regresar a la oficina: como era sábado tenía que traspasarle el papeleo a los que les tocaba turno esa tarde; esta semana a él le tocaba turno el domingo por la tarde, que era una lata.

Parecía buena gente el nuevo, le comentaron.

—Sí. Pero medio siútico. Se levanta el tarro que está emparentado con los Robles de la Plaza, esos mineros de Ovalle del mausoleo de mármol colorado.

—¿Los del D5-77?

—Claro.

—Se pasó, oye...

—¿Por qué no dice que está emparentado con el viejito pascuero también?

Lo primero que hizo Osvaldo al llegar a la pensión fue dirigirse al comedor. Sin siquiera responderle a la señora Panchita, que estaba poniendo las mesas para el almuerzo, cuando le preguntó cómo le había ido en la entrevista se llevó la guía de teléfonos y se encerró en su pieza con ese volumen. Afuera de su ventana pasaban los autos, los camiones ensordecedores cuyos efluvios asesinaban a las mustias plantas de la Avenida Portales y erosionaban la pintura de otras fachadas como aquélla en la que él cerró sus propios postigos. Robles. Robles. ¡Tanto Robles! ¡Qué apellido tan corriente! Casi una página entera. Unos —debían ser los ricos— figuraban con direcciones en Apoquindo y en Vitacura, y uno hasta en Kennedy. Los otros, la mayoría, vivían seguramente en calles como ésta, en habitaciones con cortinas polvorientas como las suyas, que no eran suyas más que porque las habían abierto y cerrado durante doce años, él y su padre, pero la propietaria era la señora Panchita. Robles Salcedo, Pedro. Robles Santelices, Pedro. Robles Savona, Pedro Pablo. ¿Qué buscaba? ¿A quién? Aspas de luz y colores vertiginosos se confundían en el molinete infantil que le regaló la misma señora perfumada que le regaló el traje de marinero blanco y lo obligó a comer la sopa de letras incoherentes igual que éstas que bailaban revueltas..., pero el perfume de esa señora era muy distinto a la colonia de su padre, que aunque ahora era pasado había sido únicamente estrecho y ahogante presente: el efímero olor a colonia barata, el pañuelo blanco asomado en el bolsillo del pecho, el cumplido otorgado a una linda hembrita que ni lo miraba... ¿Qué más? Olvidó el número de la tumba de su madre: enmudecido por la hemiplejia, que lo borró todo. ¿Para qué recordar, decía? La vida es un tango, chiquillo, y tu madre una pesada, la pobre, que se le ocurrió enamorarse de mí. ¡Y para qué decir tu abuela! Su padre, antes de la hemiplejia, había cancelado todo futuro, además del pasado, porque no hizo provisión alguna para que el futuro lo recibiera en forma que no fuera provisional. Estrecho, estrecho el presente paterno, las uñas cuidadas de los

dedos que revolvían las cartas del dominó en algún bar, el lustrabotas de todos los días que lo idolatraba, el raído terno cuyos pantalones prendía con alfileres en la raya de la plancha al colgarlos sobre el respaldo de la silla, cuidadoso de una perfección necesariamente transitoria como ésa, y la chachara con los vecinos, la política de oídas, el Pino, el Chicho, el Paleta, el León, el olor a colonia desvanecida sobreviviendo en el dormitorio, pese a que con la hemiplejia la colonia fue el primer gasto que se eliminó: Robles Torres, Robles Tuñón, Robles... ¿Qué sacaba con buscar si no sabía qué buscaba?

La señora Panchita golpeó su puerta:

—¿Osvaldo?

—Sí.

—Está listo el almuerzo.

—Gracias, señora Panchita. Hoy no voy a almorzar.

—¡Qué pena! Todos están preguntando por usted para felicitarlo.

—Estoy cansado, gracias. Voy a dormir.

—¡Qué lástima! A la hora de la comida, entonces...

¿Cuántas veces lo había retado la Olguita por desplomarse con la chaqueta y los zapatos puestos cuando llegaba que no podía más de agotamiento con el trabajo en el boliche, y se quedaba dormido un rato, y después se presentaba en el comedor con el traje arrugado? Ahora, sin siquiera soltarse el cinturón, se durmió abrazado a la guía de teléfonos. Fue un sueño pesado ese sueño, sueño sin sueños, sueño cancelador que eliminaba todo un trecho de su conciencia. Su despertar enérgico reventó la delgada costra de su sueño para florecer con la certeza de que él pertenecía a algo que el estrecho presente de su padre le había escamoteado. Existió un pasado distinto a los cuartos amueblados en pensiones malolientes en que fueron transcurriendo las etapas del presente que su padre mantuvo tan mezquino, tan precario..., pero su futuro no tenía para qué seguir sintiéndolo porque la guía de teléfonos abrazada estallaba de Robles de todos colores y tamaños, entre los cuales su humillada abuela Robles, sí, Robles con todo el pasado sólido de Ovalle apoyándola, insultaba a su padre, despachándolo a gritos, maldiciendo el día en que su hija me conoció..., él se iba con las manos en los bolsillos silbando *La chica del diecisiete*... y su padre volvía cuando su abuela se quedaba dormida de tanto llorar, volvía porque él no la odiaba pese a los insultos, no estaba dispuesto a malgastar su menguada provisión de presente en emociones tan comprometedoras como el odio: eliminaba a esa gente haciendo aun más mezquino su presente, más sin futuro. Osvaldo sólo recordaba a su madre llorando por las peleas de su marido con su propia madre, y después riendo risitas furtivas y viscosas encerrada con su padre en piezas cada vez más sombrías y comiendo comidas cada vez más aceitosas. Su madre, que podía ser una pantera para proteger a su marido de los sollozos de orgullo de Robles herido de su propia madre, era una gatita en manos de él: de él que

Librodot

con la suavidad olorosa de sus manos la había arrancado de un pasado familiar para llevarla, y a Osvaldito con ella, a estas variaciones sobre el tema del aislamiento que eran las distintas piezas arrendadas en que había muerto su madre, crecido él, y vivido y muerto, prolongadamente, su padre. Robles Concha, Robles Cordovez. También podía haber una enormidad de gente con segundo apellido Robles. ¿Cómo encontrarla en ese pozo que era la guía? ¿Qué personas quería encontrar para que le contaran quién le había regalado el trajecito de marinero blanco que estaba prohibido ensuciar, y para no ensuciarlo estaba prohibido bajar del corredor al patio, igual al del cementerio, para jugar bajo la diamela del patio de una casa de un fundo, quién sabe dónde? Cuando la señora Panchita le golpeó la puerta Osvaldo escondió la guía debajo de su cama , temeroso de que le arrebataran ese catálogo de personajes de un pasado posible.

—A comer, Osvaldo.

—Gracias, pero hoy no voy a comer, señora Panchita.

—No almorzó. Se va a morir de hambre si no se sirve nada.

—Estoy cansado.

—La gente está preguntando por usted.

—Me voy a dormir al tiro.

—Qué pena...

—Buenas noches, señora Panchita.

—Buenas noches.

Alguna vez, muy de vez en cuando, emergían de la miseria de las pensiones con cielos rasos de yeso amarillento para visitar a inciertos parientes ricos que, decían, querían mucho a su madre aunque no soportaban al indeseable que llevó a la tumba a la pobre tía Victoria Robles —¿a la tumba?, ¿a qué tumba?, ¿dónde estaba esa tumba?, ¿dónde iba a estar la suya?, ¿y la de la Olguita?—, la pobre tía Victoria que además de casarse con un santo pero pobre sin remedio y enviudar al año, tuvo la desgracia de que su única hija, que podía haber sido una señorita, cometiera la idiotez de casarse con un hombre con el que era mejor no tener nada que ver. ¿Dónde había abandonado su padre los huesos de su madre? ¿En qué patio? ¿En qué cementerio? Era seguro que no le compró un nicho perpetuo, sino uno transitorio, como todo lo suyo. Le dieron permiso a su madre para instalar un boliche en la entrada de una de sus múltiples propiedades de renta, de modo que la hija de la tía Victoria Robles, sí, Robles, casada con quien fuera con tal de no tener que soportarlo, no se muriera de hambre. Sí: estos parientes de su madre eran los dueños de la casa que demolieron privándolo a él de su independencia. ¿Cómo se llamaban estos señores? Se había olvidado: surtió efecto la lección de su padre que le inculcó su preferencia por no tener pasado. Así, su vínculo con este mausoleo de mármol de Verona se perdió.

Pero no para siempre. Osvaldo se levantó. Con el pelo revuelto y con un número de teléfono

anotado en un papel corrió al comedor. Entró directo al teléfono sin saludar a nadie pese a los brindis que lo acogían desde las mesas, a las risitas de la Delia y la Olga chinchoseando como una gata romana recién parida, al ceño fruncido de Aliaga, a los chiquillos de don Walter Urzúa cantándole «*happy birthday to you*...»

Llamó por teléfono a don Damián Marmentini. ¿Estaban vivos? ¿Los conocía? ¿Cómo se llamaban? Iba a tener que llamar a la adivina, le dijo don Damián, él no se acordaba pero ella debía saber. Osvaldo memorizó el número de teléfono de la adivina y la llamó.

—José Luis y Fabio Rodríguez, Fabio es el cura —dijo ella.

—¿Rodríguez qué más?

—Rodríguez Robles, pues, de los Robles de Ovalle. Son primos hermanos de tu mamá, que en paz descanse la pobre. ¡Cómo no voy a saber la historia de los Robles, y cómo perdió la plata tu abuela! Claro que ya le llegó muy dividida porque eran doce los Robles de la Plaza, todos peleados entre ellos. Pero, en fin, tú ves que los Rodríguez Robles, pese a todo lo que los estafan, y lo tontos que son, siguen cada día más ricos.

Se había hecho un silencio en el comedor. Y en medio del silencio sonó la afirmación final de Osvaldo:

—Claro, Fabio y José Luis Rodríguez Robles, primos de mi abuela Victoria Robles de G., que es García, el primer apellido de mi mamá. Mi abuela y mi bisabuela, entonces, están sepultadas en el mausoleo de mármol colorado. Yo soy Osvaldo Bermúdez García-Robles.

Al colgar se quedó mirando desafiante a los pensionistas: algunos con la cuchara de sopa suspendida entre el plato y la boca, otros comiendo sin comentar nada. La Delia y la Olga, por su régimen para adelgazar, masticaban unas desabridas galletas compradas en una farmacia. Aliaga se había trasladado a la mesa de ellas durante la ausencia de los Poveda, que se fueron a pasar las vacaciones de invierno en Curanilahue: movió la cabeza como dándoles a entender a sus amigas que el pobre Osvaldo estaba completamente cucú. Al verlo salir del comedor, con inclinaciones de la cabeza que evidentemente no iban dirigidas a nadie en particular, la Olga Riquelme respondió a lo implícito en el gesto de Aliaga.

—Siempre ha sido un poco.

—¡Y yo que lo encontraba tan corriente en su trato! Si no, jamás lo hubiera recomendado. Y resultó ser un siútico, creyéndose más que sus compañeros.

—¿Cómo va a ser corriente una persona a quien se le ocurrió comprarle una sepultura perpetua a su papá? —preguntó la Olga Riquelme.

Experto, Aliaga levantó un dedo para corregirla, diciéndole que quizás eso fue lo único cuerdo que hizo en su vida, por pura chiripa, claro: causó tan buen efecto entre los eclesiásticos, que fue una de las razones más poderosas por las que lo contrataron.

Librodot

—No será para tanto —objetó la Olga sin levantar la vista de la punta de sus dedos de uñas rojas, haciendo bolitas de miga de pan sobre el mantel.

Cuando Aliaga le dijo la cifra del sueldo que ganaría Bermúdez, la Olga Riquelme levantó los párpados un segundo y al bajarlos aplastó salvajemente la bolita de miga de pan sobre el mantel con el índice, levantándose de hombros como diciendo, en primer lugar, que no le importaba ni un comino y, en segundo lugar, que no era más que un sueldo de porquería.

Rodríguez Robles: aquí figuraban, en la calle Vergara, Fabio y José Luis. ¿Por qué no le decía algo más sobre ellos esta guía maldita? ¿Cuántos años tenían? ¿Cómo eran sus caras? ¿Compartían algún rasgo con él o con su madre? ¿Eran simpáticos o antipáticos? ¿Estaban dispuestos a reconocerlo como parte de su arraigo, convidarle un mendrugo de origen con que trascender el aislamiento del presente, anónimo y ciudadano, que su padre le propuso como única opción? Anotó los nombres, la dirección, el teléfono, tan precariamente unidos a él que si no los anotaba se desvanecerían al instante, y el frágil vínculo volvería a esfumarse. Una vez anotadas estas escuetas informaciones lanzó la guía a los pies de su cama y se quedó dormido con el papelito apretado en un puño.

Debe haber sido tarde esa noche cuando una mano suave, tocándole la frente, lo despertó: esa mano lo había rescatado de un sueño muy profundo que no recordaba, para hacerlo acceder a un círculo más próximo a la superficie luminosa del sueño, donde las cosas eran más definidas. Osvaldo estiró la otra mano, no la que aferraba la cifra de sus vínculos sobre su corazón: una pierna de carne, de seda deslizándose familiar entre su mano y la piel que acariciaba. La pierna que al comienzo creyó brindada, se retiró bruscamente:

—Por favor, respéteme, Osvaldo —susurró la Olga Riquelme—. Me atreví a venir a su pieza contando con que usted es un caballero y que sabe portarse como tal. Vengo porque le ofrecí a Aliaga hablar con usted para que tenga más cuidado.

—¿Prendo la luz? —le preguntó él.

—Mejor. Para evitar malentendidos.

Ella, en bata, acercó una silla a la cama donde había dormido el padre de Osvaldo, en la que él fue a sentarse, su escaso pelo revuelto y su traje arrugado. Entonces la Olga continuó:

—Conviene que lo piense bien, porque se está jugando un futuro que no es malo. No se puede decir que sea como para volverse loco, pero en fin. La señora Panchita tiene en el fondo de la casa unas piezas chicas. No hay razón, ahora que se murió su papá y usted le compró la sepultura, ya está, qué le vamos a hacer, pero ahora no hay razón para que siga viviendo en la pieza más grande y más

Librodot

cara de la pensión. La señora Panchita me dijo que esas piezas del fondo son muy baratas. Y con su sueldo..., bueno...

—¿Volver a comenzar otra vez?

La Olguita bajó los ojos:

—¿Por qué no?

Osvaldo la besó ligeramente en los labios. Sentados uno frente al otro, rodillas con rodillas, él dejó caer la mano en que tenía empuñado el papel del vínculo sobre su propia rodilla, mientras su otra mano indagaba bajo la seda de la bata en el otro muslo.

—¿Qué es eso? —le preguntó la Olga tomándole el puño, y agregó, sonriéndole—: ¿Secretos con su Olguita?

Osvaldo retiró su puño violento ahora, y la mano que le acariciaba el muslo, de pronto tirana y poderosa, se adueñó sin transición de su mayor intimidad. Violada, la Olga se puso de pie:

—¡Asqueroso! —le silbó—. ¡Lo único que les importa a los hombres! Usted es un roto, oiga. Me voy.

—No, no se vaya, Olguita —imploró Osvaldo, poniéndose de pie y estirando hacia ella sus brazos, una mano abierta y la otra empuñada.

La Olga agarró el puño siniestro con las dos manos hundiéndole sus uñas de barniz saltado en la muñeca, arañándole el dorso de los dedos, haciéndolos sangrar, torciéndoselos, luchando contra él para que le mostrara ese emblema terrible que escondía su esencia misma hasta que ambos cayeron jadeantes sobre la cama, separados por la mano ensangrentada de Osvaldo, por fin abierta, el papelito arrugado en su palma. Ella lo tomó, leyendo:

—«Fabio y José Luis Rodríguez Robles, Vergara 334, teléfono 88966». Lo que me figuraba. ¿Quiénes son?

—Unos parientes míos.

—¿Quién le dijo que eran parientes suyos?

—Una adivina.

Durante un segundo la Olga Riquelme lo miró incrédula, e inmediatamente después lanzó una carcajada. Si ella misma no se hubiera tapado la boca con las dos manos habría despertado a toda la pensión, pero quedaron sus lágrimas de risa, y los estremecimientos de su cuerpo, que fueron amainando. ¿Una adivina? ¡Entonces era verdad lo que Aliaga temía, que estuviera un poco tocado! ¿Una adivina? ¿Y él, que era un hombre grande, le creía a una adivina? ¿Por qué en vez de desvariar, no se daba cuenta de que su deber era causarle buena impresión a Aliaga? ¿Por qué ahora que se abrían de nuevo ciertas posibilidades le había dado esta locura que estaba poniendo en peligro su reputación en el cementerio antes de integrarse a su personal y poniendo en peligro..., bueno, quería decírselo de nuevo..., poniendo en peligro la posibilidad de que ambos llegaran a unirse y ser

Librodot

propietarios?

—Pero... ¿cuál es mi locura?

—Todo este asunto del mausoleo de los Robles.

—¿Entonces, sacrificarlo todo para ser propietaria, como usted, no es locura?

—Claro que no.

En ese momento Osvaldo se rebeló. ¡Que lo dejara tranquilo! ¡Que locura o no, él iba a ser quien quería ser! Ya había muerto su padre que le imponía una conducta y un mundo que no eran los suyos. ¿Y si él, Osvaldo, tuviera otras aspiraciones, otras inquietudes, que ni Aliaga ni ella comprendían? ¿Por qué iba a tener que ser siempre asible, usable, disponible, rentable, dócil? No. El ni sabía qué era lo que quería. Que lo dejaran tranquilo para ser loco. ¿Qué más loco que ella que creía que la salvación consistía en llegar a ser propietaria?

Había apagado la luz en un momento que después ninguno recordó, para así pelear en susurros, medio tendidos en la cama discutiendo, ella ahora enfurecida: ¿por qué se creía con derecho a tener aspiraciones distintas a las de los demás habitantes de la pensión? ¿Se creía superior a ellos? ¿No era igual a todos no más, un roto, sí, un roto que no conocía otra cosa que pensiones y piezas amuebladas sin derecho más que al mísero deleite de unos buenos porotos viejos reposados y a la bendición de la tele? Que no se viniera a creer tanto, todos sabían qué clase de hombre fue su padre. Y por borrosos parentescos que reclamara por parte de su madre, estaban encerrados en un pretérito desactivado por el olvido y el rechazo. No eran algo vivo y mirando el futuro, como ella.

Furioso con la afrenta de no dejarlo ser más de lo que ellos le permitían porque otra cosa no les cabía en la imaginación, indignado ante la voluntad de reenrollarlo en el carrete insignificante de su padre, tiró a la Olga de un empellón sobre la cama que había sido suya. Sin besarla en la boca, igual que a una puta la penetró con repentina y renovada potencia vengativa, sin que la Olga se atreviera a armar un alboroto porque podían echarlos de la pensión. Ella interpuso, sin embargo, todas las dificultades que sabe interponer una dama enardecida por los celos de cosas que la excluyen, hasta que terminó, agotada de tanto amor, pidiéndole perdón a Osvaldo, ya no sabía por qué ni de qué, ni él tampoco sabía por qué le exigía y le volvía a exigir que se rebajara. Osvaldo la mandó:

—Dime cómo me llamo.

En el silencio veteado por los ronquidos de los habitantes de los distintos dormitorios, la Olga Riquelme desenterró desde el fondo de su amor la certeza de cuál era la fantasía tan dolorosamente necesaria a la cual Osvaldo le estaba implorando, no, exigiendo que se sumara:

—Osvaldo Bermúdez García-Robles —suspiró colmada.

Sólo entonces él la besó en la boca, y se quedaron dormidos uno en los brazos del otro.

Ese domingo la Olga Riquelme ni divisó a Osvaldo, que salió temprano de la pensión sin dejar dicho a dónde iba. Y ni siquiera dijo si iba a volver a almorzar, se quejó la señora Panchita, a quien le gustaba saber para sus cálculos de comida: raro, comentó, porque Osvaldo era tan considerado.

Aliaga se había hecho el propósito de tener una conversación seria con su amigo antes de que se integrara a su trabajo en el Cementerio Católico al día siguiente, que era lunes, con el fin de advertirle que sus fantasías de relación con la familia Robles podían causar pésima impresión. Pero Aliaga tampoco sabía nada de él.

—¿Qué le pasa, Olguita?

Ella dejó caer el peso de su cuerpo desalentado al sentarse al borde de su cama. Aliaga la escuchaba, las manos metidas en los bolsillos de su buzo porque en las mañanas de los domingos le gustaba salir a trotar en la Quinta Normal. En el pasillo enriquecido con el aroma del pino para las empanadas dominicales que la señora Panchita preparaba en la cocina, los bulliciosos chiquillos de don Walter Urzúa jugaban a los inidentificables juegos aprendidos en el exilio. Pese a que serían cerca de las diez y pleno día, la luz del velador de la Olga Riquelme iluminaba la taza de café enfriado y a medio tomar y el fantasma fucsia de sus labios impreso en el borde. Rompió a sollozar, sonándose los mocos y limpiándose el rimmel corrido por las lágrimas con un pedacito de papel confort rosado. Sí. Sí. Lo quería. ¿Por qué no lo iba a querer? ¿Por qué nadie se molestaba en darse cuenta de que hacía años que lo quería? ¿Era por el egoísmo de la gente, o por pura envidia? ¿O porque ellos, ella y él, eran tan poco merecedores de amor que postular a esa relación parecía absurdo? ¿O sólo porque pese a la falta de vida privada en la pensión maldita, donde nadie podía eructar en la habitación vecina, o tener un mal sueño, o recibir una carta o una visita o un telefonazo sin que todos supieran al instante, o supusieran el contenido de esos grises accidentes, a nadie le importaba un reverendo rábano lo que le pasaba al otro? Sí. Lo quería. Y ahora se había ido sin decirle nada... ¿Adonde? ¿A juntarse con amigos que ella no conocía, esos misteriosos amigos del trabajo con que se juntan los hombres, quizás amigotes conocidos en tiempos del boliche, que se lo iban a quitar? ¿O donde esos parientes que lo tenían tan impresionado que a ella no se los presentaba?

—¿Qué parientes?

—Unos señores Robles, primos de su mamá.

—¡Ya estamos con los famosos Robles otra vez! —gritó iracundo Aliaga, disponiéndose a partir a la Quinta.

—No se vaya... —imploró la Olguita.

Librodot

¿A quién le iba a contar sino a él, tan buen amigo que le había conseguido un trabajo? Ese trabajo, por mezquino que fuera el sueldo, significaba que ellos iban a poder ser propietarios un día de éstos, y pensar en casarse en una fecha no tan lejana. Lo malo era que Osvaldo se había puesto tan raro desde que le compró la sepultura a su papá. Y llegó tan sumamente raro de la entrevista de ayer, que más parecía que hubiera fallado que triunfado. O peor... ¿si, ahora que tenía un empleo fijo, dejaba de quererla? ¿Había secretarias en el cementerio? ¿Y esta monomanía de la familia Robles que le había dado tan de repente, insinuándole la existencia en él de regiones que ella no controlaba y a las cuales —estaba claro por su partida esta mañana sin siquiera despedirse de ella— no pensaba darle acceso? ¿Tenía miedo de que ella no les cayera bien a sus parientes, en caso de que no fueran los espectros de una locura?

—No existen —afirmó Aliaga.

—¿Por qué está tan seguro?

Aliaga le explicó entonces a la Olga quiénes fueron los famosos Robles, mineros de Ovalle en el siglo pasado, constructores de ferrocarriles, importadores de casas completas desarmables desde Francia para su comodidad, de mausoleos de Italia para su eterno reposo: le contó la reacción que había tenido Bermúdez ayer en el cementerio cuando le mostró el mausoleo de los Robles. Pintándose los labios mientras lo escuchaba atenta, la Olga creyó oportuno cruzarse un poco más su bata. Pero no era necesario, se dio cuenta: su interlocutor se había acalorado tanto explayándose sobre la peligrosa arrogancia de Osvaldo, arrogancia incluso comprometedora para él, que nada parecía tener realidad para Aliaga fuera de su rabiosa sensación de que Osvaldo se creía con derecho a vincularse con ese mausoleo. Era necesario, era urgente en realidad, antes de que se presentara a su trabajo mañana, convencerlo de que estas pretensiones podían poner en peligro su puesto.

—¿Es para tanto, entonces, el famoso mausoleo?

Aliaga le confesó a la Olga que sí: primoroso, una obra que los artesanos de hoy, y menos los artesanos nacionales, serían incapaces de repetir. Ella no comprendía, le confesó, que una tumba fuera para armar tanta alharaca por mucho que estuviera construida con ese mármol de nombre tan raro, y rodeada de tumbas de personajes importantes o aristócratas que a ella la tenían sin cuidado. Aliaga aguantó la respiración un minuto. Después, mirándola a los ojos y apuntándola con el índice acusador al extremo del brazo estirado, le preguntó con voz tétrica:

—¿Cuánto tiempo hace que no visita a sus seres queridos?

—¡Ay, Aliaga, no me asuste!

—¿Cuánto tiempo hace que no visita a sus seres queridos? —repitió él, serio, y luego, risueño, bajó el dedo y explicó—: Es el *slogan* del *poster* del cementerio nuevo, ése a todo lujo que van a inaugurar. Lo fui a visitar. Es precioso. Dicen que lo van a anunciar igual por la tele, con un *spot* de un hombre señalando con un dedo acusador: «¿Cuánto tiempo hace que no visita a sus seres

Librodot

queridos?»

—¡Qué tontería ésta que les ha dado a todos con el asunto de los cementerios! ¡Hay que ver! ¡Hasta en la tele! Lo que es yo, hace años que no me aporto por un cementerio. Acuérdese de que no me dieron permiso en la oficina para acompañar a Osvaldo al entierro de su papá.

—No es tontería, no crea. ¿No se ha fijado en los avisos económicos del *Mercurio*? ¡Cantidades de tumbas y mausoleos antiguos que se solicitan y que se ofrecen en venta, súper caros! ¡Y le diré que se los *pelean*!

Después del almuerzo —las empanadas estaban ricas y la Olga sintió que Osvaldo no tuviera ocasión de probarlas— aprovechó que la Delia no se sentía bien y se iba a quedar en cama todo el día para dejar que Aliaga la convenciera de acompañarlo al Cementerio Católico, donde a él le tocaba turno ese domingo en la tarde. No es que sus argumentos la hubieran convencido ni que esperara que nada que viera allí fuera a hacerla perdonarle sus idioteces a Osvaldo, su falta de caballerosidad anoche, por ejemplo, y para colmo desaparecer y dejarla botada hoy domingo. Como no tenía nada mejor que hacer, aceptó la invitación de Aliaga.

Al bajarse de la micro Pila-Cementerio en la esquina de Recoleta, entre el tráfico de autos y micros atestadas de gente que iba a llevarles flores a sus seres queridos, la Olga pensó que ella, aun en el caso de que se hubiera propuesto hacerlo, no podría llevarle flores a su mamacita. Antes de salir con Aliaga escarbó entre sus pocos papeles y consultando una agenda vieja comprobó que, desde hacía dos años, los huesos de su madre ya no ocupaban el nicho temporal sino que yacían confundidos con los huesos de otros en otro sitio al que su pensamiento no quería llegar para no ponerle el verdadero nombre. Iban a cruzar al cementerio. La Olga retuvo a Aliaga, diciéndole:

—¡Tengo sed...!

—¿Me acepta que la invite a servirse algo? —le preguntó él, comprobando en su reloj que le faltaban veinte minutos para comenzar su trabajo.

Entraron en un bar frente al cementerio desde cuya ventana, donde ocuparon una mesa, se veía a la gente afligida que dedicaba su domingo a honrar a sus muertos, quizá previo a ir a ver una película en la sesión de la tarde, o al estadio.

—¡Oye! —llamó Aliaga al mozo.

—Diga, no más, caballero.

—¿Qué se sirve, Olguita?

—Una papaya Nobis.

—Que sean dos.

ESPECIALIDADES DE HOY: AJIACO. CAZUELA DE VACA. BISTEC CON TALLARINES. La gente con sus manojos de flores entraba y salía por esas letras blancas, leídas al revés, pintadas

Librodot

con brea en el vidrio: sí, observó la Olga, entraban por la O de *AJIACO*, se deslizaban por la estrechez entre las dos eles de *TALLARINES*, pero, sobre todo, desde donde ella estaba sentada, todos los que salían del cementerio tenían que hacerlo por la mirilla de la V de *CAZUELA DE VACA:* apuntar sobre ellos... pun... pun a los fascistas, como jugaban salvajemente los chiquillos de don Walter Urzúa..., matarlos a todos, dejarlos a todos tendidos con un agujero de juguete en el pecho, sepultarlos en la fosa común del cementerio, clausurarlo por lleno, rasarlo y construir un gran parque de atracciones sobre ese terreno en que los fantasmas cabalgarían en los caballos de los carruseles y los esqueletos gritarían de júbilo al sacarse un premio en una rifa.

—¡Osvaldo! —exclamó la Olga Riquelme al verlo aparecer en la mirilla, conversando con otro caballero.

—¿Dónde?

—¿No lo ve?

—No.

—Saliendo del cementerio, pues, con don Damián Marmentini. ¿Se acuerda de que estuvo en el velorio? Amigo de Osvaldo, de los tiempos del boliche: es abogado.

—¿Abogado? Puchas, ahora que se está emparentando con los Robles no va a querer andar más que con abogados y doctores y corredores de propiedades, y a usted y a mí, Olguita, ni nos va a mirar.

—¡Ay, que es pesado, oiga, Aliaga! No tiene por qué decir eso.

—Que no nos vea en este bar rasca, le va a dar vergüenza —insistió Aliaga pagando, y una vez afuera se despidió de la Olga porque ya le tocaba su turno, y mejor que Osvaldo mismo, no él, le mostrara su propiedad...

—¿Propiedad? —casi gritó la Olga, mientras Aliaga, que no la oyó, cruzaba haciendo cachañas con su cuerpo finito, de hombros y caderas estrechas, entre los autos y los bocinazos y frenazos de las micros, en dirección a la puerta del cementerio.

Desde su vereda la Olga veía a don Damián y a Osvaldo aparecer y desaparecer y reaparecer entre los puestos de flores, cuyo olor le estaba produciendo náuseas, de modo que los flatos de la papaya Nobis le devolvían el gusto de las empanadas del almuerzo. Disimulándose entre los kioskos repletos de crisantemos, el corazón escapándosele del pecho, la Olga corrió para apostarse en la esquina, esperándolos, donde al cruzar la calzada para tomar la micro, no podían sino toparse con ella. ¿Cómo explicar su presencia allí? ¿Había ido a ver a su mamacita, a dejarle flores al viejo de mierda del papá de Osvaldo, a acompañar a una amiga de la oficina? No importaba, ya se le ocurriría algo, lo importante era que Osvaldo la viera, que la incluyera en su misteriosa desaparición dominical después de lo de anoche, que no la excluyera de su conversación con don Damián Marmentini, que seguramente versaba sobre su propiedad porque los tenía tan absortos que por un

instante la Olga temió que al pasar junto a ella ni siquiera la vieran. Pero don Damián la vio:

—¡Olguita!

—Buenas tardes.

—¡Olguita! —exclamó recién entonces Osvaldo.

—¿Qué anda haciendo por aquí?

—Es que tuve que venir a...

—¿Quiere acompañarnos a servirse algo? —la invitó galante don Damián.

—¿Vamos, Olguita? Sí, acompáñenos. Pero usted lo vio clarito en el registro, don Damián: dice *cuatro generaciones* y yo soy la cuarta.

—Si no le digo que no, Osvaldo. Pero necesita papeles para probar que su propiedad del mausoleo es judicialmente válida. ¿Entremos aquí? ¿Qué se sirve, Olguita? Dos papayas, mozo, y un tinto de la casa para mí. Pero va a necesitar mucho papeleo, Osvaldo, y además, coimear de lo lindo y conseguirse influencias. Tendría que empezar por buscar su propio certificado de nacimiento. ¿En qué comuna está inscrito? ¿Ve? Ni eso sabe. Y después, el certificado de nacimiento de su mamá y el de matrimonio con su papá, y quién sabe en qué fecha y dónde nacieron y se casaron... y quizás hasta el de su abuela... gastos de nunca acabar, y tendría que estar haciéndose un viajecito a Ovalle...

—No puede ir a Ovalle —intervino la Olga— porque mañana entra a trabajar en el cementerio.

—Y quiero advertirle, Osvaldo, que ése sería sólo el principio de los trámites legales. Piénselo bien antes de meterse en este asunto. Claro que ser propietario de ese mausoleo a todo lujo, cuando todo el mundo anda como loco firmando letras para comprarse tumbas del porte de una estampilla que valen una fortuna, claro, no puedo negarle que es una gran oportunidad.

Don Damián se despidió porque iba al hipódromo: por suerte no quedaba lejos. El día estaba nublado pero no frío, con escasa luz. El cerro Blanco, como un forúnculo ciudadano, limitaba la vereda de enfrente, calvo, feo, estéril, inútil. En silencio —la Olga consideró la posibilidad de hacer pucheros pero se abstuvo por una sensación de que el momento le iba a presentar otras opciones— caminaron hacia cualquier parte dejándose arrastrar por el aburrimiento dominical. Pronto la Olga se dio cuenta de que ese «hacia cualquier parte» era de regreso al cementerio después de dar un rodeo. En un kiosko Osvaldo compró un manojo de reinas luisas. «Para su papá», pensó la Olga dispuesta a impedirle ese gesto dispendioso, pero alcanzó a detenerse meditando que éste no era el momento ni el lugar apropiado para hacer una escena. Lo acompañó por las galerías cubiertas del cementerio. Alrededor de los primeros patios se ordenaban, espaciosas, regulares, las capillas con nombres ilustres inscritos sobre la reja de las puertas. En los patios crecían diamelas, floripondios, palmeras, algún pino que no prosperó. Poca gente, iba pensando la Olga, y a ella los apellidos ilustres la tenían tan sin cuidado que no sabía distinguir entre los que lo eran y los que no: se trataba, simplemente, de

Librodot

un problema que jamás había rozado su existencia, y que no creía que rozara la vida de muchas personas, fuera de aquellas a quienes el asunto concernía. No es que fuera insensible a la fascinación de las señoras elegantes en las revistas, tanto que ella fue la primera en la pensión que declaró que era una lástima que la hija de la princesa Grace no se hubiera casado con un príncipe sino con un cualquiera, y la Farah Diba, tan dije, la pobre, y tan buena. ¿Pero esto? ¿Qué tenía que ver todo esto con esas luminarias? ¿Estas paredes descascaradas, estas flores secas en jarrones trizados, estos candados inertes seguramente desde hacía decenios, estos modestos techos de calamina? No podía negar, eso sí, que comparadas con las paredes de muchos pisos repletos de nichos que como panales se alzaban al otro extremo de algunos patios, estas capillas, proporcionalmente, tenían la prestancia de las grandes mansiones del barrio alto, a veces estropeadas por edificios de poca categoría levantadas cerca: ella los conocía, esos conjuntos habitacionales, porque en su ambición de ser propietaria había visitado algún departamento piloto, y desde sus ventanas pudo contemplar los grandes espacios verdes de baja densidad de población de los jardines de los ricos, su asombrosa placidez bajo la lujuria de los crespones púrpura y lila florecidos junto a las piscinas.

—Ésta sí que es bonita —dijo la Olga, deteniéndose ante una capilla del doble de la dimensión de las otras.

Osvaldo se detuvo junto a ella sonriendo.

—¿Le gusta?

—Sí, porque es de mármol colorado, no blanco como las otras. Y tiene adornitos de bronce. Y es más grande.

—Es la mía.

—¿La suya?

—Y la suya si quiere, Olguita. Mire, hay dos nichos desocupados. ¿Se fija que están los huecos abiertos siendo que en los demás hay lápidas con nombre? Las lápidas de mármol de Verona correspondientes a estos huecos están almacenadas aquí en el cementerio, y si yo logro probar que soy la cuarta generación y no hay nadie que los reclame, esos dos nichos son para mí. Mire. Lea: *Familia Robles de la Plaza*. Y ahí, en esa lápida de arriba: *Victoria Robles de G.*, es decir de García, o sea mi abuela. Yo la alcancé a conocer cuando era chico. Una vez me llevó de visita donde la parentela en un fundo. Peleaba mucho con mi papá, que se reía de ella porque le decía que era un roto y a él eso no le importaba. Mi mamá era García Robles. Yo soy el último, creo. Este mausoleo es mío.

Y en la cadena que cerraba la reja colocó el ramo de *reinas luisas* para honrar a sus mayores, a los que hacía tanto tiempo tenía olvidados, y ellos a él. La Olga Riquelme se asustó un poquito: las *reinas luisas* eran de esas tonalidades del rosa al lila y al morado y al púrpura que, desde las torres aún deshabitadas donde fantaseaba poder vivir algún día, había divisado en los jardines de las

Librodot

grandes casas del barrio alto en esos árboles tan lindos que se llaman crespones..., crespones: luto, lila, morado, y este espacio lujoso donde descansar para siempre. ¿Dónde descansaba su mami? Sus restos revueltos con los de otros no podían descansar, no, igual como en esas unidades habitacionales que desde los jardines de sus mansiones los propietarios veían alzarse intrusas en sus horizontes particulares, no podían existir ni el orgullo ni la comodidad. Ser propietaria de un nicho-departamento en una atestada pared no era, en el fondo, ser propietaria de nada; en cambio, ser propietaria de un mausoleo-de-mármol-mansión-con-piscina, eso sí que era ser propietaria de veras. Pero no estaba segura de nada. Reverente, agarrado a la reja, Osvaldo iba leyendo los nombres familiares que deseaba compartir con ella y que ella los hiciera suyos. La Olga Riquelme temió que la parentela de Osvaldo no quisiera acogerla. Al salir del cementerio, en cambio, del brazo de Osvaldo —como si ya fueran marido y mujer—, la acometió la certeza terrible, y terrible por lo nueva, de que si era verdad y no una locura que Osvaldo tenía derecho a este mausoleo espléndido, entonces no iba a ser necesario *comprar* nada para ser propietarios, porque —si se casaban— *siempre habían* sido propietarios.

Al comienzo la Olga Riquelme prefirió no decirle nada a la Delia. ¿Para qué antagonizarla con algo tan maravillosamente insólito y fuera de todo lo razonable como el mausoleo? Y sintió orgullo al verse capaz de una conducta tan generosa, ahora. Pero también andaba preocupada por otras cosas: Aliaga ya casi no le dirigía la palabra a Osvaldo, que se pasaba toda la tarde con don Damián Marmentini y casi no llegaba a comer. Lo peor era que a la Olga le había dado una especie de respeto que le impedía atreverse a interrogar a Osvaldo, como lo hubiera hecho antes de ver el mausoleo. Sentía como si él hubiera dado algo como un paso definitivo para insertarse en otro mundo, un mundo relacionado con grandes transacciones y viajes, con campañas políticas de las que ahora ya no había, con almuerzos con el candidato en el club de su provincia, compra y venta de vehículos y casas y tumbas y aparatos de alta fidelidad y teléfonos y tal vez valores, oro, bonos, cosas de las que la gente hablaba pero misteriosas para ella porque era un mundo al que las mujeres —especialmente las esposas— no tenían acceso. Ella había divisado desde lejos ese mundo de hombres solos hablando de negocios en la puerta del café Haití en el Paseo Ahumada: nunca dejaba de preguntarse de qué podían estar hablando tan concentrados esos caballeros, qué cosas, exactamente, se jugaban en esas discusiones que terminaban con un apretón de manos o con unas palmadas en la espalda. Estaba segura de que los dos se reunían en algún sitio parecido al café Haití para hablar del mausoleo: don Damián era muy de palmotear la espalda. No podía dejar de confesarse que le producía cierto orgullo pensar a su Osvaldo en ese mundo tan asertivo, con el que Aliaga, claro, no tenía nada que ver: él era sólo un empleado, como ella. Y ésta era la verdadera razón, adivinó la Olga Riquelme, por la que Aliaga andaba como resentido con Osvaldo.

Osvaldo andaba tan absorto en este mundo masculino de las transacciones a que lo había

Librodot

arrastrado don Damián Marmentini, que en las noches, pese a que ella le dejaba su puerta sin llave, rara vez acudía ahora a visitarla. A veces la despertaban los pasos de alguien que iba al escusado, y entonces su pobre corazón latía de esperanza. Dos o tres veces, es cierto, Osvaldo accedió a su lecho. Pero se comportaba de una manera muy distinta al cariñoso Osvaldo de otros tiempos: se metía en la cama rápidamente, hacía lo que tenía que hacer, y después se iba sin quedarse a comentar sus cosas con ella, como antes. La Olga supuso que así debían ser todos los hombres preocupados por sus negocios porque decían que algo que llamaban «el mercado» iba a caer, tan agobiados por papeleos y compromisos enteramente viriles que no los podían compartir con la mujer nostálgica, en los largos cuchicheos sobre las amables menudencias del día.

—¿Qué le pasa con Bermúdez? —le preguntó una tarde la Olga a Aliaga.

—¿A mí? Nada.

—¿No andan peleados?

—¿Peleados? ¿Por qué vamos a andar peleados?

—No sé. Decía yo, no más, como ahora los veo tan poco juntos...

—Es que como ahora no se junta más que con abogados y notarios para discutir cosas de familia y de derechos y de papeles y qué sé yo qué cuestiones, bueno, no sé... supongo que usted sabrá más que yo sobre todo este asunto...

—¿Qué asunto?

—Mire, Olguita, yo a usted le tengo mucho aprecio porque es una persona sencilla, como yo, así es que mejor que se lo diga: toda la gente del cementerio está furiosa con Osvaldo, y de rebote conmigo. Llega tarde al trabajo, a veces falta o pide permiso para salir media hora antes. Y cuando está allá lo único que hace es recibir a don Damián Marmentini que se lo lleva metido en la oficina y los tiene cabreados a todos con sus cosas. ¡Viera! Al principio nos reíamos de Osvaldo por lo siútico. Pero ahora las cosas están pasando a más y ya no saben qué hacer con él.

—¿Qué tiene de particular que se preocupe del mausoleo de su familia? —preguntó la señora Panchita, que estaba poniendo las mesas para la comida y oyó esta conversación—. ¡Ojalá una tuviera esa suerte! Aquí en la pensión todos le encontramos la razón a Osvaldo. Los mellizos Poveda fueron a aguaitar y dicen que el mausoleo es una cosa verdaderamente maravillosa. Yo voy a hacerme un tiempecito para ir a verlo con la Delia cuando se levante. Y la señora de don Walter me dijo que en otros países...

—¿Y a mí qué cresta me importa lo que diga esa comunista de mierda? —gritó Aliaga, saliendo del comedor con un portazo que dejó reverberando los vidrios de toda la pensión.

—Él es el que está raro, no Bermúdez —dijo la señora Panchita—. Cómo será lo bien que está Osvaldo, que su tío José Luis Rodríguez Robles lo llamó por teléfono para dejarle recado de que no se olvidara de ir a tomar té en su casa el jueves.

Librodot

Esa noche, Osvaldo abrió la puerta del dormitorio de la Olguita y acercándose a la cama en la oscuridad, la acarició, cuchicheándole con la misma dulzura que antes. Después del amor, abrazados aún, la Olguita le preguntó a Osvaldo si era verdad lo que la señora Panchita le había contado: que estaba invitado a tomar té con sus parientes ricos el jueves. Él respondió que era verdad, pero que no sabía si iba a poder ir.

—¿Cómo va a despreciar una invitación así?

Osvaldo la apretó en su abrazo. La besó en la boca, dulcemente. Le acarició el interior de los muslos, lenta, prolongadamente, como sabía que le gustaba. Después, de repente, la dejó, y tendiéndose junto a ella sin tocarla, con las manos cruzadas detrás de la cabeza cerró los ojos: ella le preguntó qué le pasaba. Le respondió que nada. Tenía preocupaciones muy grandes, de dinero sobre todo, con las que prefería no molestarla a ella que tan generosamente se ofrecía para compartir sus preocupaciones, como compartían, y como compartirían, todo.

—¿Y la plata que tenía ahorrada? —quiso saber la Olga.

—Ya no me queda casi nada.

—¿Pero está loco? ¿En qué se la ha gastado?

—Los trámites están costando más caro de lo que creímos.

—¿Qué trámites?

—Los del mausoleo.

— ¿Don Damián?

—Don Damián. Tiene el asunto casi listo. Pero necesito irme a Ovalle a buscar una fe de bautismo, y si no voy personalmente, nadie lo puede hacer; mandar a don Damián, con lo aficionado que es a comer bien en los restoranes, me costaría mucho más caro, y a mí no me queda... nada...

— ¿Nada?

—Nada.

Cuando Osvaldo, a continuación, le pidió a la Olga que por favor le prestara plata para este viaje de tres o cuatro días a Ovalle, ella se enfureció. ¡Todo era una locura tan, tan grande por aspirar a cosas a que la gente como ellos no tenía derecho! ¿Y su trabajo? ¿Se proponía dejarlo por tres días cuando ella sabía de buena fuente que pensaban echarlo? ¿Iba a despreciar la invitación de sus parientes Rodríguez Robles para tomar té con ellos el jueves? ¿Y ella, que había estado ahorrando todo lo que podía, con los mayores sacrificios, y que tenía su platita metida en unos fondos mutuos que le daban un interés de cuatro por ciento que aumentaba su capital, iba a tener que sacar su plata y reducir sus intereses para que él cumpliera con un sueño, una ilusión loca, una tontera, una absurda fantasía?

— ¿En qué financiera? —le preguntó Osvaldo.

—En la Super-Rent.

Librodot

—La Super-Rent va a quebrar en una semana más. Don Damián, que sabe mucho de esas cosas porque tiene muchos amigos, me lo dijo. Con el reajuste del precio del dólar, que tiene que venir en cuestión de días, todo el mundo anda aterrado sacando su plata de las financieras y comprando cosas o mandándola al extranjero si puede. Me dijo ayer no más que le aconsejara sacar su plata de las financieras, que están cayendo como moscas, si no quiere perderlo todo.

— ¿Y qué vamos a hacer?

—Usted dirá, pues, Olguita.

La Olga comenzó a lloriquear porque no entendía nada. Pero Osvaldo le dijo que don Damián decía que nadie entendía nada..., tenía algo que ver con la política, parece, y con este asunto de la recesión mundial, que también era difícil de entender. A ella ya le habían bajado los dividendos de la Super-Rent, pero no tanto como para asustarse. Don Walter decía lo mismo que don Damián, pese a que don Walter había sido del MAPU, y don Damián se preciaba de ser Chicago Boy. ¿Cómo no tener miedo ella, ellos, tan chicos, cuando se sabía que los grandes también tenían miedo? ¿Cómo no ver que todo se estaba viniendo abajo después de los intereses tan altos de hacía un año, que le prometieron seguridad eterna aun a ella, que jamás se había atrevido a aspirar a tenerla? Osvaldo consoló a la Olguita acariciándola, enjugándole las lágrimas en la oscuridad y asegurándole que don Damián le había dicho que en estos momentos, como estaban el mundo y el país, lo único que valía la pena tener, lo único donde la plata estaba segura, eran las propiedades... y ellos, sí, ellos *ni siquiera iban a tener que comprar una propiedad*, sino simplemente reclamar lo propio..., sería una locura no llevar todo esto hasta sus últimas consecuencias.

— ¿Vamos a ser propietarios de veras, entonces?

—De veras.

Y cuando Osvaldo abandonó la habitación de la Olga esa noche, lo hizo con la firma de su novia en el libreto de la Super-Rent para pedir un rescate. La Olga ponía en sus manos el pequeño capital que guardaba para comprar una casa. Él lo iba a gastar juiciosamente en un viaje a Ovalle, y don Damián colocaría el resto en otros fondos mutuos que a él le merecían más confianza que los Super-Rent.

—Salió a comprar pasaje en el avión de las once a La Serena —dijo la señora Panchita cuando la Olga se levantó para ir al comedor a tomar su desayuno.

— ¿En avión?

—Sí. ¿Se imagina? En avión. Qué miedo, ¿no?

La Olga estuvo nerviosa todo el día, no sabía si por el terror —y el respeto— que le producía el hecho de que Osvaldo volara, o por la incertidumbre general, y por su dinero. El jefe de la sección de Avenida Matta, que como era viejo y tenía romadizo no se portó cargoso con ella esta vez, le confirmó sus temores: sí, este país se iba a la mierda con las intervenciones en los bancos y las

Librodot

quiebras de las financieras, y lo que es él, con lo cara que estaba la vida, el sueldo ya no le servía para nada. Con lo único que podía contar de veras, aunque se decía que los precios iban a bajar, era con su propiedad cerca de la Gran Avenida..., esa propiedad que él tantas veces le había puesto a sus pies.

Cuando la Olga llegó de regreso a la pensión después de su trabajo, se fue a tejer a la pieza de la Delia, que desde hacía veinte días estaba con permiso médico, enferma de hepatitis. Tenía por lo menos para un mes más de cama y se lo pasaba llorando: la Olga le prestó su televisión en colores para que se entretuviera y con eso ya no se sentía tan abandonada; por lo menos, los chiquillos de don Walter Urzúa, y a veces la señora Panchita, iban a acompañarla. Esa tarde no la tenía prendida. Estaba triste, la Delia: el día era lluvioso, y con la lluvia le dolía su cojera. Su pieza era interior, y, le dijo a la Olga, ella no tenía perspectivas como las suyas: un hombre bueno y con trabajo que la quisiera, ahora una familia que seguramente la iba a acoger con gusto, y un mausoleo que decían que era una preciosura donde dejar descansando sus huesos junto a los de su ser más querido. Ésas eran realidades, cosas tangibles, reconfortantes, con las que ella, por desgracia, no podía contar. Y si a la Olga se le iban sus pesos con las ruinas de las financieras, tal como predecía don Damián, a ella ya se le había ido todo lo ahorrado con esta enfermedad tan terrible porque era tan sin asunto y tan larga que en esta etapa ya ni siquiera enfermedad parecía. Golpearon la puerta de la pieza de la Delia. La Olga fue a abrir.

— ¡Ah!... es usted, Aliaga, pase...

—Pase..., pase, no más, y gracias por su visita a una pobre enferma —lo acogió la Delia desde la cama, contenta de ver a cualquier persona: hacía tanto tiempo que estaba en cama que era como si la gente hubiera ido olvidándola, borrándola, y si bien al principio acudían a acompañarla, ahora hasta los chiquillos de don Walter se hacían de rogar para ir a verla si el programa de la tele no les gustaba.

—Con usted quiero hablar —le dijo furioso Aliaga a la Olga.

—Por favor, sea más educado, oiga, mire que está en la pieza de una enferma que necesita reposo.

— ¿Sabe que Bermúdez no se presentó al trabajo esta mañana y ni siquiera avisó?

—Sí sé.

— ¿Y sabe que lo van a echar, y creo que a mí también?

—No se asuste tanto —repuso la Olga, impávida, sentada a los pies de la cama de la Delia sin interrumpir su tejido.

— ¿Por qué hoy no fue a la oficina?

—Tenía una diligencia que hacer fuera de Santiago.

— ¿Dónde?

Librodot

—En Ovalle.

— ¡Eso está muy lejos!

—Se fue en avión.

— ¿En *avión*? —gritó Aliaga.

Con esto, se descompuso en acusaciones e improperios. ¡Qué se creía este Bermúdez —¿James Bond?— viajando en avión, cuando apenas tenía para el boleto en la micro Pila-Cementerio, tanta plata debía! Todos lo odiaban por creído, por farsante, por siútico, por... por todo, sí, lo odiaban. Había dado órdenes de limpiar y renovar de arriba abajo el mausoleo. ¡Era un ladrón!, gritaba Aliaga despeinado, temblando de ira y agitando las manos. Se estaba *robando* un mausoleo que no le podía pertenecer, eso es lo que estaba haciendo. ¡Y si era dueño, entonces que pagara las reparaciones, que pagara las lápidas de mármol que mandó grabar! Como los marmolistas le iban a cobrar a él, a Aliaga, si Bermúdez no aparecía con el pago, les dio orden de no grabar nada. ¡La plata que debía Osvaldo por todo esto! ¡Era un salteador de caminos, un ladrón! ¡Y si no cancelaba esa cuenta enorme, bueno, él iba a tener que sacar la cara por Bermúdez en el cementerio, cosa que no estaba dispuesto a hacer!

— ¿Con qué nombres dijo que las grabara?

— ¿Grabara? ¿Que grabara qué?

—Las lápidas, pues, Aliaga, las lápidas —le recordó la Delia.

—«Osvaldo Bermúdez García-Robles»; y la otra, «Olga Riquelme de Bermúdez García-Robles.»

— ¿Los marmolistas cobran por lápida o por letra? —quiso saber la Olga.

—Letra.

—Entonces que en la mía diga «Olga R. de Bermúdez García-Robles». Es al Bermúdez García-Robles que hay que darle importancia porque es lo que nos relaciona con la familia. ¿No te parece, Delia?

—Claro.

— ¡García-Robles, desde cuándo! ¡Hasta a usted la contagió con la siutiquería, Olguita, a usted que era tan sencilla!

— ¿Cuánto les debe Osvaldo a los marmolistas por el trabajo?

—Voy a ir a calcular tomando en cuenta la alteración que usted me pide.

—Muy bien —terminó la Olga—. En un cuarto de hora lo espero en el comedor. Delia, voy un ratito a mi pieza a buscar mi libreta para cancelarle todo lo que le debo a este... este roto impertinente. ¡Y usted, jamás se atreva a decir que un Robles es un ladrón! ¡Y menos Osvaldo, que es un santo y jamás le ha robado un cinco a nadie!

Librodot

La Olga Riquelme pidió que le dieran libre la tarde del jueves en la oficina, a cuenta de sus vacaciones. Quería tener tiempo para prepararse para acompañar a Osvaldo a tomar té en casa de sus tíos. La noche anterior la había convencido de que aceptara hacer la visita con él en calidad de novia:

— ¿De novia? —preguntó la Olga en la oscuridad de la cama.

— ¿No somos *casi* propietarios?

—Sí.

— ¿Entonces, por qué no vamos a ser *casi* casados, o sea, novios? —repuso él, encendiendo, después de un beso, la luz del velador.

De encima del mármol tomó un paquetito que había dejado allí antes de meterse en la cama. Se lo entregó a la Olga. Ella lo desenvolvió e incrédula abrió el estuche: una alianza de oro reposaba sobre un cuadradito de raso celeste. Se le llenaron los ojos de lágrimas y apretó a Osvaldo, susurrando:

—No podía imaginarme.

—A ver... póngaselo. ¿Y tampoco se imagina vestida de blanco, entrando a la iglesia? ¿Y tampoco se imagina que somos propietarios del mausoleo? ¿Por qué nosotros no vamos a tener derecho a cumplir estos sueños? Dice don Damián que si el anillo no le queda bien, que se lo devuelva y me lo hace cambiar por otro de un número más grande. Me lo consiguió a muy buen precio con unos turcos que tienen una joyería en la calle Bandera arriba, amigos suyos: en el centro costaría el doble. Mañana me va a traer el mío.

Y claro, cuando mostró su alianza en la oficina, todos la felicitaron muy contentos, porque la Olga Riquelme era una compañera simpática, siempre de buenas, así es que no le costó nada conseguir que le dieran esa tarde libre aunque los demás iban a tener que trabajar por ella. Les explicó:

—Es que vamos a hacerles la visita de estilo a unos parientes de mi novio. Con ellos tenemos que finiquitar los trámites para una propiedad que la familia va a poner en manos de nosotros.

La Delia, que también había pedido la tarde libre para ayudar a arreglarse a su amiga, iba tan excitada en la micro que las transportaba a la Avenida Portales, que a cada rato acariciaba el anular de la Olga, lustrándole la alianza con su propio pulgar: la Olga le prestó el anillo un rato a la cojita paca que se lo probara. Le quedaba de lo más bien, y la Delia, retirando un poco su mano, contempló su anular engalanado con la más bella promesa del mundo, haciendo que la alianza relumbrara al sol.

Antes de partir a la oficina esa mañana, a la hora del desayuno en el comedor, como quien no quiere la cosa, la Olga le mostró su anillo de compromiso a la señora Panchita para probar cómo reaccionaba: la dueña de casa, entonces, embargada por el sentimiento, se lanzó a sus brazos asegurándole que siempre había soñado que se celebrara un matrimonio en su pensión, y ahora ella,

Librodot

que era un amor y se arreglaba regio y a la última moda, iba a casarse con Osvaldo Bermúdez, su pensionista más antiguo y más querido. ¡Qué dicha tan grande!

Cuando la Olga regresó de su trabajo a mediodía, la señora Panchita le sirvió un almuerzo liviano, la mandó a dormir siesta para que no estuviera nerviosa porque eso causaba mala impresión, diciéndole que cuando despertara le iba a tener listo un baño caliente y champú y talco, y después, entre ella y la Delia, le iban a poner los rulos, a peinarla y a maquillarla. ¿Qué se pensaba poner?

—Pensaba ir muy sencilla, con mi traje sastre azul marino.

—Claro. Pero tiene que ser con una blusa linda.

—Una de ésas con vuelitos en el cuello, como se usan ahora, sería regio.

—Pero yo no tengo.

—Yo tengo una color lila, de seda, que compré en el *duty free* del aeropuerto de Panamá cuando nos volvimos —dijo la señora de don Walter Urzúa—. Es linda, de Taiwán. La tengo lavada. No, no, gracias, no voy a comer huesillos para así apurarme y dejársela planchada antes de irme a la fuente de soda. ¿Me presta la plancha, señora Panchita?

—Al tiro se la traigo.

—Y también el secador, que lo vamos a necesitar —le recordó la Delia.

— ¡Uy! —exclamó la señora Panchita—. No me está funcionando muy bien.

—Tráigalo no más —dijeron los mellizos Poveda—. Nosotros tenemos rebuena mano para arreglar esas cuestiones.

Después de la siesta y el baño, sentada frente al espejo con una montaña de rulos sobre la cabeza, mientras la Delia le pintaba las uñas y la señora Panchita le depilaba las cejas, las tres mujeres hacían planes. No era cuestión de comprar traje de novia, aunque sí de casarse de blanco y con velo: don Damián sabía dónde arrendaban unos vestidos preciosos y las tres podían ir a elegir uno mañana después del trabajo. Y en cuanto quedara la propiedad del mausoleo bien establecida, según lo que dijeran los tíos esta tarde, y refrendada por el papeleo que tenían listo don Damián y el albacea de los hermanos Rodríguez Robles, anunciarían oficialmente el matrimonio para dentro de quince días — ¿o mejor diez, o una semana?—, y entonces Osvaldo podía cambiarse con todas sus cosas a la pieza de la Olga. Este arreglo, declaró la señora Panchita, le convenía mucho también a ella porque entonces quedaría vacante la pieza más grande de la pensión —don Damián le tenía una candidata estupenda como pensionista—, y también les convenía a ellos, la nueva pareja, porque así no pagarían más que la mitad de lo que estaban pagando. La Olga le echó una mirada de temor a la Delia al darse cuenta de que la dueña de la casa parecía saber mucho más de lo que debía saber, pero pasaron el asunto por alto y asintieron sin confesiones ni aclaraciones ni escenas.

La señora Panchita con la Delia se quedaron comentando cuando Osvaldo pasó a buscar a la Olga —ella misma, con sus blancas manos, le había planchado su mejor camisa al novio; los

Librodot

mellizos Poveda le convidaron colonia; a la salida, los chiquillos de don Walter les cantaron «*happy birthday to yo*u...»—, que nadie podía negar que la Olga Riquelme iba hecha una reina. No cabía la menor duda de que le haría una impresión maravillosa a la familia Robles, a la que estaba a punto de incorporarse.

En la tarde, mientras esperaban el regreso de la pareja, don Damián, que llegó atrasado, trajo no sólo la alianza de Osvaldo, sino a la adivina para ver si le convenía la pieza que fue de los Bermúdez: era una anciana frágil y tiritona, la cabeza enrollada en un trapo como una toalla descolorida que le ocultaba el pelo; sólo dos patillas rojo vivo, a ambos lados de la cara, sugerían el fuego de su gran melena escarmenada y la extravagancia del vestuario y el maquillaje de su profesión.

—Sí. Me conviene mucho esta pieza —dijo—. Es grande, así puedo arreglar esta parte como un saloncito, separándolo de la cama con un biombo japonés que tengo. Y queda al lado de la entrada, lo que es más discreto para mi clientela, que como muchas veces se trata de personajes muy encopetados prefieren mantener su incógnito.

— ¿Qué clientela? —le preguntó la señora Panchita—. En esta casa no se pueden tener industrias ni negocios. Es una residencial, de ambiente familiar, donde vive gente sencilla y tranquila.

Cuando la parca le explicó su exaltado trabajo y convidó a la señora Panchita a pasar al comedor para tirarle el tarot que extrajo de una imponente cartera de hule negro, que quién sabe qué otros instrumentos de magia podía contener, ésta se dejó seducir sólo momentáneamente por las predicciones de triunfos, ventura, riqueza y amores. Se dio cuenta de que por muy fascinante que fuera tener a una adivina en su casa, iba a correr el peligro de que se transformara en una fuerza tan poderosa que podía arrebatarle la autoridad sobre su establecimiento, igual a sí mismo durante veinte años, y ya era demasiado tarde para cambios y para amores propios, aunque no para amores ajenos. Después de la partida de la adivina, cuando le estaba comunicando su decisión negativa a don Damián para que le transmitiera su rechazo a esa señora, recomendándole que lo hiciera del mejor modo posible porque ella no deseaba verse enredada en las venganzas de los astros, llegó Aliaga hecho una tromba.

—Me voy de aquí.

— ¿Pero por qué, Aliaga, por Dios? —le preguntó la dueña de casa.

—No puedo seguir conviviendo con esta gente.

—Es toda gente buena, pero si quiere irse, entonces váyase.

— ¿Qué estái diciendo, cabro? —le preguntó don Damián agarrándolo de una manga para retenerlo, y palmoteándole el hombro.

—Usted tiene la culpa.

Librodot

— ¿Yo? —don Damián estaba sorprendidísimo.

—Por meterle ideas raras en la cabeza a Bermúdez.

— ¿Qué ideas?

—La cuestión del mausoleo.

—Yo no le metí esa idea en la cabeza.

—Pero se la abonó.

— ¿Yo?

—Claro, aprovechando toda esa huevada de ser propietarios, que tiene locos a Osvaldo y a la Olga.

—Más respeto con su lenguaje en mi casa, oiga Aliaga —le advirtió la señora Panchita.

Aliaga continuó frenético contra don Damián:

—Que arreglara esto del mausoleo, que hiciera grabar las lápidas, que pintara el techo, que la fe de bautismo tal, que el certificado cual... y los Robles no eran ninguna maravilla, le diré, porque eran unos mineros ricachones de provincia, no más. Y ahora que hace no sé cuánto que Bermúdez ni aparece por allá, toda esta cuestión cayó sobre mí y me exigieron que pagara yo los arreglos del mausoleo porque, si no, los iba a tener que pagar el cementerio, y como no quiero, y además no tengo plata porque tengo que mandarles casi todo a mis viejos en Iquique porque los milicos les redujeron la jubilación de profesores primarios... y a mí me echaron de la pega...

— ¿Y a Osvaldo?

—También.

— ¿Él sabe?

— ¿Qué va a saber si anda en las nubes?

—Sí, en las nubes —declaró la señora Panchita—. Cuando usted se enamore va a andar igual. Quiero participarle que Osvaldo se va a casar con la Olguita, su novia.

Aliaga se dio el lujo de carcajearse:

— ¡Novia! No sea lesa, pues, señora Panchita, si son amantes hace años y toda la pensión lo sabe. La única colgada, a la que estaban engañando, era usted, para que no los echara.

—El engaño no es lo mismo que la discreción, Aliaga, no sea guagua. ¿Usted cree que soy tan tonta que después de veintitantos años de tener casa de pensión no voy a saber lo que pasa aquí? ¿Qué me tengo que meter yo en los asuntos de los demás, como se está metiendo usted que es un cabro tonto, no más, cuando las cosas se hacen bien, y las relaciones son serias y entre gente grande que sabe lo que hace? Para que lo sepa: esta misma noche voy a cambiar a Bermúdez a la pieza de la Olguita con todas sus cosas.

— ¡La famita que va a tomar esta casa! —chilló Aliaga—. ¡Yo me voy!

Aliaga se encerró en su pieza a hacer su maleta. La Delia, don Damián y la señora Panchita le

Librodot

dieron vuelta la espalda, dirigiéndose al comedor.

—Osvaldo se quedó sin empleo. ¿Qué van a hacer ahora para casarse...? —meditó en voz alta la Delia.

—No se preocupe, Delia, yo le tengo casi conseguido un empleo mucho mejor a Osvaldo... —la tranquilizó don Damián.

— ¿Usted? No me venga con cuentos, don Damián. ¡Qué le va a conseguir un puesto usted, si usted no tiene ni dónde caerse muerto y de abogado no tiene más que los dos primeros años de estudio, de cuando las culebras andaban paradas! Usted no vive más que de comisiones rascas que se consigue por ahí, y le va a conseguir un empleo al pobre Osvaldo.

Don Damián bajó el diapasón de su voz y se quitó los pulgares de los bolsillos de su chaleco:

—Bueno, entonces le voy a enseñar a hacer comisiones igual que yo...

«...Sí, pues, Osvaldito, lástima que los tiempos estén tan cambiados, y tan viejos y tan enfermos tu tío Fabio y yo, que en esta casa, que antes nadaba en la abundancia, no haya más que galletas de agua que servirte a ti y a tu novia con el té. ¿Riquelme qué más dijo usted que era, mijita? Cubillos..., mejor hacerse el leso con la parte Cubillos, usted no tiene la culpa. Pero se podría decir que los Riquelme, que es un apellido chileno antiguo, son casi de la sociedad, todo depende del *segundo* apellido. Claro que no es que no se hayan dado a conocer por el mal paso que dio doña Isabel y por lo tanto no merecen calle. ¿Ves cómo Fabio menea la cabeza? El está de acuerdo, porque es un hombre muy moral y encuentra que es el colmo que le hayan puesto el nombre de esa mujer a una calle, y a una calle del centro, donde vive gente decente. Supongo que hay que tomarlo como si a esa calle le hubieran puesto, digamos... Castro. No había para qué ponerle Castro a una calle. Nadie puede decir que los Castro sean gente conocida. Mucho más conocidos son los Riquelme. ¿Cómo me puedes negar una verdad así, pues, Fabio? Tú siempre discutidor, como todos los curas. Conocidos son los Riquelme, aunque tú no quieras y aunque sean conocidos por el mal paso que dio doña Isabel, que, para que se diga la verdad, es lo que de carambola hundió al país en el desastre en que está. Mi abuela Díaz de Valdés Carrera, no, no por los Robles, que era gente del Norte no más, de ayer, sino por los Rodríguez porque mi papá era Rodríguez Díaz de Valdés, jamás se refirió a él más que como «el huacho». Pero en fin, no hay que hacerle caso a Fabio porque es muy intransigente: yo siempre le alego que después de tres generaciones es mejor olvidarse de esas cosas, como decía mi papá. ¿No le parece, señorita Castro? Miren a Fabio: se durmió el pobre. ¡Yo lo he estado encontrando *tan* colorado estos días! Usted que está más cerca de él, mijita, por favor échele viento con este *Mercurio* que quién sabe de cuándo será, porque en esta casa no se compra un *Mercurio* qué

Librodot

sé yo desde cuándo..., se le debe haber quedado a Arturito cuando vino a vernos la semana pasada para que firmáramos los papeles de la hijuela. Échele viento fuerte un buen rato, no más, señorita Marmentini. Así, después vuelve. El pobrecito ya casi no habla. Y es menor que yo, fíjese. Pero yo estoy tanto mejor conservado. ¿Por qué no me haces el favor de empujarme la silla de ruedas hasta el lado de Fabio, Osvaldito? Gracias. Te diré que Fabio a veces oye. ¿Ves cómo a pesar de tener las manos con el rosario entre los dedos sobre la sábana, reacciona, y lo oye todo cuando lo remezco un poco? Di que sí, Fabio, no seas pesado. ¿Te fijas cómo dice que sí con la cabeza en el almohadón? Claro que a veces le gusta hablar, depende con quién. ¿Y ustedes, en el baile de quién se conocieron? No conozco ningunos Marmentini que den bailes, y menos bailes en mausoleos, que encuentro una irreverencia de lo peor. ¿Damián Marmentini? No lo ubico. Gente nueva, supongo. O de Viña. Tengo muy buena memoria para los apellidos y ubico a todo el mundo, pero jamás en mi vida he ubicado a ningún Marmentini..., a no ser que sean unos italianos que se querían meter en sociedad y dieron un baile en que todos nos portamos harto mal..., pero no creo que hayan sido Marmentini. No me suena. Muy caballero el señor Marmentini que dio el baile. Échele viento no más, mijita, harto viento, que ya está bueno que vuelva. ¿Y ustedes dónde viven? Ay, tan linda la Avenida Portales, y dicen que está tan de moda. Cerca, por Agustinas al llegar a Brasil, vivían mis tías Mendizábal... Mendizábal Díaz de Valdés, pues, Fabio. ¿Cómo vas a estar tan tonto que no te acuerdes de ellas? ¿Ves cómo habla cuando un tema le interesa? No hablas de puro mañoso, Fabio, no me vengas a decir que no. No, no en Alonso Ovalle. Las tías Mendizábal vivían en Agustinas abajo, cerca de la Avenida Portales. Eran unas parientes de ellas, Pérez Mendizábal, las que vivían en Alonso Ovalle esquina, justamente, de Castro, la calle de su familia, pues, mijita. Ah, bueno, Riquelme, lástima, parecía que la cosa tenía más salvación por lo Castro, pero qué le vamos a hacer. En todo caso usted tiene dos calles, mediocres, claro, pero sumadas, supongo, dan una calle buena. ¿Cómo? ¿Qué dice? ¿Que ya no están? ¿Cómo no van a estar? ¿Cómo van a sacar dos calles que han estado ahí toda la vida, a dos cuadras de aquí, y sin decirnos nada a nosotros? ¿La Panamericana? ¿Qué diablos es la Panamericana? ¿La mitad a lo largo?

» ¿Una sola vereda? ¿Cómo se puede sacar una calle, y peor, la mitad de una calle, a lo largo? Deben ser cosas de los yanquis, como los chicles..., qué espantoso lo encuentro. Pero, Osvaldito, por favor, no me compliques con esas locuras modernas de sacar media calle a lo largo, porque si a uno se le ocurre sacar una calle, uno saca una calle, pero no media calle, y no a lo largo. ¿Dónde se habrá visto? ¿Ves cómo Fabio oye? Es porque la señorita, que es un ángel, le está echando viento con ese *Mercurio* de la semana pasada. ¿Ve? Hasta se está riendo y me quiere decir un secreto. Habla fuerte, no más, que nadie más que yo entiende esos ruidos que haces después de tu operación. ¡Ja ja ja ja, qué cómico es mi hermano! A las puertas de la muerte como está —y no me cabe la menor duda de que el Señor lo acogerá en su Santa Gloria porque ha sido un gran predicador, como eran los

Librodot

sacerdotes de antes, y un gran caballero, muy buena mano para el rocambor y todo—, a las puertas de la muerte, como te digo, y a pesar de eso haciendo chistes: fíjate qué ocurrencia, dice que son medias calles porque son apellidos de medio pelo... Ja ja ja ja, no me puedes decir que no es cómico. ¿Entonces fue en el baile de las Marmentini donde se conocieron usted y la señorita Castro? ¡Qué lástima! Estoy convencido de que hay partes mejores para conocerse que en el baile de unas extranjeras como las Marmentini..., aunque usted dice que son de Viña. En fin, qué se le va a hacer. No, ni los Marmentini ni los Castro tienen nada que ver con el mausoleo del Cementerio Católico, que es de los Robles. En todo caso, como te iba diciendo, fue así como tu mamá conoció a ese infame de tu papá, que le hizo la vida imposible a la tía Victoria. Se le dijo y se le dijo que no mandara a la Victorita a ese baile, pero la tía Victoria, que como buena De la Plaza era como mula de porfiada, la mandó no más a ese baile de las Marmentini que tú te llevas nombrando como si fueran gran cosa y nadie las conoce ni en pelea de perros, pero como la tía Victoria ya estaba pobre le daba desesperación que no convidaran a la Victorita a más bailes porque todo el mundo sabía que a ella ya no le quedaba ni un cinco partido por la mitad. Pero tú te acuerdas de cómo era de porfiada y la mandó no más, con un vestido que le prestaron las Pérez Mendizábal, ésas que viven en la calle Riquelme y que eran tan buenas con la tía Victoria porque les daba lástima, y así fue como conoció a gente que no tenía para qué haber conocido y después le daba permiso para que fuera sola al teatro El Garden, aquí en la Alameda frente a Castro, a ver películas, y en el teatro las Marmentini le presentaron a la Victorita al desastre del Bermúdez ése, que llevó a la tumba a la pobre tía Victoria. ¿Murió? ¿Cuándo murió tu papá, mijito, por Dios? Era harto más joven que yo, te diré. ¿Y de qué murió? Se demoran años en morir los hemipléjicos y sufren muchísimo. Mi hermano Fabio no ha tenido hemiplejia que creo que siempre les da a los gordos como él, pero ha tenido casi todo lo demás y ahora se nos va a morir cualquier día, dijo el doctor Barriga, que vino a examinarnos hace... no me acuerdo cuándo pero hace poco. Por eso es que aunque es cuatro años menor que yo, parece abuelo mío. ¡No! ¡Qué horror! Ni me lo recuerdes. En el Cementerio Católico por ningún motivo, ese cementerio es un espanto. Los Díaz de Valdés Carrera tenemos un mausoleo enorme y primoroso, donde cabemos todos de más, en el Cementerio General. Tenemos que quedar todos juntos, como debe ser. ¿Qué dices, Fabio, que no te oigo? Parece que tuvieras una flema... bótala... ¿le puede pasar la cantora para que la bote y pueda hablar, señorita? Debajo de la cama, gracias, tan buena que es usted, mijita. No le queda nadita de voz al pobre. Habla más fuerte. ¿Que quieres que te enterremos en el Católico? Por ningún motivo. Todos los Díaz de Valdés Carrera tenemos que descansar juntos aunque no hayamos hecho otra cosa que agarrarnos de las mechas toda la vida. Sí, ya sé que en el General entierran a judíos y protestantes y a extranjeros, y eso no te gusta. Pero como tú te vas a morir antes que yo, voy a ser yo el que va a disponer dónde te vamos a enterrar. En todo caso ese mausoleo de los Robles era un espanto, pues, Fabio. Acuérdate de que cuando éramos chiquillos le

Librodot

decíamos «la casa de putas», porque era colorado y vistoso, claro que eso era antes que entraras al Seminario, cuando las casas de putas parecían casas de putas, no como ahora que dice Arturito Alarcón que parecen casas de familias decentes. Por lo pretencioso de ese mausoleo se conoce que los Robles eran un poco... bueno, en la familia se puede decir esto sin avergonzarse porque hay confianza y es historia antigua... sí, los Robles eran un poco nuevos ricos. Gente muy bien, claro, y los De la Plaza de lo mejor, y en su tiempo los Robles tuvieron millones que hoy nadie tiene idea de dónde fueron a parar. Se hicieron sal y agua. Lo malo es que tuvieron demasiadas hijas mujeres feas que se casaron con gente desconocida y pocos hijos hombres y todo se dispersó y no queda ni un cinco. Y los hombres nos quedamos solteros, como yo, o entraron al Seminario como el tonto de Fabio. Mire, mire, señorita Castro, Fabio está rezando, mire cómo pasa las cuentas del rosario y mueve los labios, sí, así, sígale echando viento que es lo que mejor le hace. Ya no quedan más Robles. ¿El mausoleo? ¿Quedan dos nichos? Pero, claro, pues, mijito, no faltaba más, no creo que nadie vaya a querer dormir su sueño eterno ahí, es tan espantoso: ese cementerio fue una locura de la gente cuando se enfureció en tiempos de la ley de los cementerios laicos de cuando ese pillo de Santa María, y los Robles, para hacerse pasar por gente muy católica y de toda la vida, se compraron ese mausoleo para enterrarse en sagrado. ¡Cómo se reía mi papá de la capilla en el cementerio de la familia de mi mamá! «La capilla de los Robles, ni regalada», decía. ¿Propiedad? Pero claro que es propiedad..., ¿cómo no va a ser? Ya ni me acuerdo de quién está ahí. Voy a llamar a Arturito Alarcón para que me diga, él, que no es persona conocida pero es de toda confianza porque es nieto del administrador de mi papá en Chiñigüe, lo sabe todo, y lo educamos nosotros mismos. ¿O por qué no lo llamas directamente tú mismo si dices que tienes todos los papeles listos para que arregle el asunto directamente con tu abogado, ese señor Marmentini? ¡Por Dios, qué cantidad de Marmentini hay en Chile ahora! Te lo llevas hablando de ellos, no más. Hace más de diez años que ni Fabio ni yo salimos a la calle, así es que uno ya no sabe quién es quién, por eso no me puedes exigir que entienda qué es esto de partir las calles a lo largo. Y Arturito, de acuerdo con el doctor Barriga, nos tiene estrictamente prohibida la televisión. Dicen que nos vamos a poner nerviosos y nos puede subir la presión. ¿Es linda la tele? A mí me gustaría verla, sobre todo el Festival de Viña, donde dicen que canta una chiquilla rubia preciosa que se llama Raquel no sé cuánto... Raquel Marmentini, supongo, como ahora se llama casi todo el mundo. No quieren traernos la tele y ahora son ellos los que mandan porque la verdad es, Osvaldito, que ya no nos queda salud para nada... son tantos años. El teléfono de Arturito Alarcón, que es como hijo de esta casa y para nosotros es un gran alivio pensar que él se queda a cargo de repartirlo todo después de nuestra muerte, sí, claro, el teléfono de Arturito es... ¿Cuál es el teléfono de Arturito Alarcón, Fabio? Está más enfermo que yo aunque es más joven, porque ha comido y ha tomado más que yo, pero tiene mejor memoria para los números, aunque confunde todos los apellidos mientras que yo ubico a todo el mundo. Ayayayay, ya se nos

desvaneció otra vez: más viento, señorita, más viento, como le echa la monjita de la Caridad que nos viene a cuidar en la noche... ayayay, parece que esta vez ya no va a volver. A propósito de ayayay, ¿saben el chiste de las Pérez Freire? ¿Adivinas por qué se metieron debajo de la cama cuando el terremoto...? ¿No adivinas? Bueno, tonto, porque eran cantoras, pues hombre, ja ja ja ja. Ahora mira, volvió. Oye, chiquillo: ¿cuál es el número de teléfono de Arturito Alarcón? Yo no me acuerdo a pesar de que lo llamamos tres o cuatro veces al día. ¿Cuánto...? Tres, dos, dos. ¿Otra vez dos? Qué raro. Dos, nueve, siete. ¿Lo apuntaste bien, mijito? Me alegro mucho de que te vayas a casar y vayas a ocupar con tu mujer, que es un dije, los nichos que quedan en el mausoleo de los Robles. ¿Te acuerdas del trajecito de marinero blanco que te regaló mi mamá cuando la tía Victoria te llevó de visita a Chiñigüe? Pero no le hiciste ninguna gracia a mi mamá, te diré, porque al tiro te ensuciaste el trajecito y después fue como si la tía Victoria se desvaneciera porque nunca se supo más de ella, aunque creo que una vez le oí decir a alguien que había puesto una tienda. Es bueno que la gente se case. Así no queda sola. Nosotros dos solterones somos una lata y nos llevamos peleando todo el día, por plata, por política, por parentescos, por números de teléfono, desde hace años. ¿Qué sería de nosotros sin Arturito Alarcón? No quiero ni pensarlo. Si no fuera por él, que nos defiende, todos los parientes pobres estarían pidiéndonos cosas que no se pueden dar, no como tú que nos pides algo razonable como ese mausoleo, que al fin y al cabo es un peso que uno se saca de encima..., estar seguros de que esos nichos los van a ocupar personas de la familia. Adiós, Osvaldito. Que seas muy feliz, cualquier cosa en memoria de la tía Victoria, que como decía mi mamá no era buenamoza pero tenía estupenda figura, y un pelo rubio, rizado, precioso. ¿Te acuerdas, Fabio? Así es que no tienen por qué darme tantas gracias. Adiós, señorita Marmentini. Encantado de conocerla. Usted es una monada, pasar toda la tarde echándole aire a mi pobre hermano. Claro, vengan cuando quieran porque nos hace falta gente de buena voluntad que le venga a echar aire a Fabio y así se demore un poquito más en morirse. ¿Cuándo se casan? Siento mucho que no podamos mandarles un regalo porque estamos tan, tan pobres: Arturito Alarcón está comprando para nosotros la hijuela de al lado, en Chiñigüe, porque ahora que hay una cosa que dicen que se llama la recesión, que no sé qué es, los fundos se compran por cuatro chauchas, y con esto Chiñigüe se va a agrandar en un treinta por ciento de su superficie. No, si le debemos mucho a Arturito porque gracias a él no nos hicieron la reforma agraria en tiempos de los comunistas. ¡Quién sabe cómo se las arreglaría! Fabio, Fabio, despierta, chiquillo. ¿Me oyes? ¿Es en un treinta por ciento o en un ochenta por ciento que se va a agrandar Chiñigüe con la hijuela que nos está comprando Arturito? Quince, parece que dice. En fin. ¿No les dije que era buenazo para los números? Yo nunca me acuerdo. Y tengo que sacar las cuentas con los dedos, toda la vida igual. Pero los parentescos, eso sí, los tengo aquí, en la punta de la lengua y no se me olvidan jamás. Así es que para que no se me vaya a olvidar si alguien me pregunta, mijita, quiero que me repita bien clarito: ¿usted me dijo que era Marmentini Castro, o Marmentini Ovalle?»

Librodot

Ese invierno la Delia no terminaba nunca de mejorarse de su hepatitis. Claro que a estas alturas ya no era hepatitis sino pura fragilidad. De pronto amanecía sintiéndose un poco más animada y hacía el esfuerzo de levantarse para ir a la oficina, pero siempre volvía a caer en cama, llorosa, resfriada, temerosa de perder su trabajo, de morirse, de estar sola, aburriéndose. La señora Panchita pegó unas tiras de tela emplástica en las ranuras de su ventana para que no entraran chiflones, pero ya ni se sabía por dónde entraban chiflones en esa casa quejumbrosa de tan vieja que era. En todo caso, ese invierno fue así en Santiago, lluvioso y opaco, y todo el mundo había caído con gripe y andaba con la nariz colorada chorreando. El día, de escasa claridad, terminaba como a las cinco de la tarde, hora en que era necesario encender la luz con el consecuente gasto de electricidad que a fin de mes se transformaba en cuentas enloquecedoras, y la ciudad entera hedía a estufas de parafina. El cerro San Cristóbal estuvo completamente oculto por la niebla durante varias semanas. Y hasta el cerro Santa Lucía, prosaico y urbano, se había procurado sus modestos mantos de neblina para fingir, en ese rincón de lo que iba quedando de la Alameda, una escenografía elegiaca, cubriendo con ellos sus monumentos y sus arcos de pacotilla. A pesar de esto y de la enfermedad de la Delia, en la pensión de la señora Panchita los preparativos para el matrimonio de la Olga Riquelme con Osvaldo Bermúdez seguían su curso. Por fin habían decidido no arrendar vestido de novia porque salía muy caro para tan poco rato, sino improvisar uno con una blusa bordada perteneciente a la dueña de casa, y con un tutú romántico de la señora de don Walter Urzúa, que antes de salir arrancando había pertenecido al cuerpo de ballet del Teatro Municipal, y ahora, después de tantos años afuera, ya no veía forma de volver al baile, que era lo suyo, porque estaba tanto menos joven. En todo caso, como era alta, a la Olga Riquelme el tutú de la señora de don Walter le llegaba hasta los tobillos.

—Pero debería llegarle hasta el suelo para que pareciera traje de novia de verdad —se quejó la Delia, que estaba un poco antipática.

—No —la contradijo la Olga—, ésta es la línea que viene este año. Además, quién se va a estar fijando, unos centímetros más, unos centímetros menos.

Lo del velo fue un problema. Hasta que una tarde don Damián, que ahora se metía en todo, dio la solución al asistir a una prueba, a las que no dejaban entrar a Osvaldo porque trae mala suerte que el novio vea el vestido de la novia antes de la ceremonia misma. Don Damián observó:

— ¡Tantas capas de tul de más! ¡Si hay como para hacer una carpa de circo!

Lo echaron de la pieza. Para aplacar su risa producida por la cómica observación de don Damián, la Olga se levantó una capa de tul sobre la cara y la cabeza con tanto acierto, que la señora Panchita, sin consultar a la dueña del tutú, porque a esta hora estaba en la Fuente de Soda, con unas

Librodot

tijeras tan enormes que parecían de ésas que usan para cortar los pollos en las carnicerías, cortó el velo, improvisando ahí mismo un precioso tocado de novia. Osvaldo, entretanto, andaba en otras cosas. Todos los papeles referentes al mausoleo estaban firmados. Pero no se atrevía a volver al cementerio porque le debía unas platas al grabador de las lápidas, amén de otras platitas que debía por concepto de manutención y limpieza, que no tenía con qué cancelar porque otra vez andaba buscando trabajo. Sabía, sin embargo, que Aliaga estaba a punto de ser reincorporado a su puesto gracias no sólo a su espléndida hoja de servicios y a los años que llevaba en la oficina, sino a que don Damián —con quien Aliaga se las arregló para quedar en buenas relaciones— le consiguió con Arturito Alarcón una carta escrita en nombre del presbítero don Fabio Rodríguez Robles, recomendándolo calurosamente. Por desgracia no podía hacer lo mismo por Osvaldo, que estuvo tan poco tiempo empleado antes de que comenzara a faltar y por eso lo despidieron, por eso y porque todos en el servicio lo encontraban antipático. Don Damián y Arturito Alarcón estaban íntimos del alma. Cada vez que la Olga Riquelme pasaba por el Paseo Ahumada los veía hablando en el fondo del café Haití sin que Osvaldo los acompañara, desde donde a veces don Damián la saludaba afable, aunque no la invitaba para presentarle a Arturito, en quien la Olga cifraba esperanzas inconfesadas, porque con sus influencias y contactos, y como administrador de la caja de fondos de los hermanos José Luis y Fabio Rodríguez Robles, todo era posible.

Osvaldo estuvo a punto de vender su prensa y sus herramientas para hacer llaves que guardaba almacenadas en un sótano de la pensión: en un Jumbo había ido a mirar una máquina siniestra, japonesa y modernísima, en la que el cliente metía su llave y su dinero por agujeros, apretando un botón, y por el otro agujero salían cuantas copias de la llave el cliente pagara, plastificadas y todo. Con esto, claro, su labor artesanal, sus limas y escofinas que tantas veces le habían hecho sangrar los dedos, quedaban obsoletas. Pero no vendió nada pese a su urgencia por conseguir dinero antes del matrimonio, y a su derrota frente a la máquina. Y no vendió por una razón que tuvo alborotada a toda la casa: don Damián anunció que no sería imposible hablar con Arturito y convencerlo de que le diera permiso a Osvaldo para que instalara *otro* boliche en la entrada de *otra* casa en un barrio más retirado donde no hubieran llegado todavía los refinamientos de las máquinas japonesas, casa perteneciente, como es natural, a los hermanos Rodríguez Robles: de este modo, la futura familia Bermúdez Riquelme tendría por lo menos cierta infraestructura económica. Estas nuevas pusieron de muy buen humor a todos los habitantes de la pensión de la señora Panchita, que acogió a don Damián como uno de la familia: lo invitaba a comer casi todas las noches y se quedaba observándolo. Hasta que una noche le dijo al oído a la Olga que si ella no se equivocaba, y ella, no era por alabarse, tenía muy buen ojo en estas materias, don Damián le echaba unas miraditas de lo más lánguidas a la Delia, que parecía estar mejorándose:

— ¡Pero si es coja! —protestó la Olga Riquelme, como si el brote de un nuevo romance

Librodot

pusiera en peligro las armonías inefables de su propio epitalamio.

El domingo del matrimonio, por suerte, amaneció claro, la niebla y el *smog* recién lavados por la lluvia nocturna, los cerros urbanos verdes, al fondo de las calles la cordillera nevada y nupcial dispuesta a sumarse a la ceremonia. La señora Panchita dejó la pensión cerrada con llave porque absolutamente todos los pensionistas participaron en el cortejo: hasta la nueva familia de tres, amiga de don Walter Urzúa, que acababa de llegar de Costa Rica y ocuparon la pieza de los Bermúdez, y el solterón jubilado de la Contraloría, suscrito a varias revistas, lo que inclinó la preferencia de la dueña de casa por él para la pieza de Aliaga porque pensó que las revistas iban a representar algo muy positivo para amenizar el ambiente de su casa. Juntos, esperaron en la esquina la micro, que los llevó hasta la parroquia más cercana, donde habían estado haciéndose las amonestaciones. Presenciaron la breve bendición de la nueva pareja, y en media hora, casi antes de que los chiquillos se alcanzaran a aburrir y comenzaran a fregar, ya estaban de regreso en la pensión, dispuestos a divertirse en la fiesta. Habían arrimado todas las mesas del comedor a la pared como un *buffet*, y en el medio, antes de salir, la señora Panchita había arreglado los *sandwiches* y la nívea torta con dos muñequitos de plástico encima. La Olga trajo al comedor su tele en colores y la Delia su transistor con *cassettes*, y puso el *Danubio azul*: según lo habían visto hacer en películas que venían de países increíblemente adelantados, la novia le tiró el ramo a su mejor amiga, que lo cogió ruborosa, y se lanzó a los brazos del novio a bailar el primer vals... pero como no había padre ni suegro ni suegra con los cuales continuar las diversas etapas del rito tantas veces presenciado y envidiado en la tele, don Damián sacó a bailar a la novia y Osvaldo a la señora Panchita, y todos comenzaron a beber y a bailar porque después de todo matrimonio tiene que haber fiesta. El grito de los chiquillos de la pensión, sentados en el suelo mirando la tele, sacó a los bailarines del ensueño del vals:

—¡Gooooool! ¡Goooool! ¡Gooool de Chile!

Se detuvo el baile y todos se arremolinaron palmoteando alrededor de la tele. Quedaron sólo los novios bailando en el medio del comedor, mientras la señora Panchita entraba a la cocina a buscar más combustible para la estufa porque estaba hedionda. Al volver para completar su tarea, mientras los novios giraban en su sueño, solos en medio del comedor, se abrió paso entre el grupo de espectadores y les apagó la tele. Encarándolos, con los brazos clásicamente en jarras, exclamó:

— ¡Buena cosa! ¿Qué es esto, partido o matrimonio? ¡Ya, a bailar todos! ¡Pon más fuerte la música! ¡A bailar y a comer y a tomar hasta que todos se curen, que estamos aquí para celebrar un matrimonio, no para ver a unos tontones grandes pateando una pelota!

Se pusieron a bailar de nuevo, ahora un poco desganadamente, los hombres con los ojos fijos en la tele que los chiquillos habían encendido otra vez aunque sin sonido, las mujeres desprendiéndose para formar un grupo junto a la mesa comentando lo rico que había quedado todo y lo regia que se veía la Olga, lo lindo que era el vestido, parecía comprado en Providencia. La señora

Librodot

Panchita le pidió a don Damián que descorchara la botella de champán para que todos brindaran por los novios. Como no había más que otra botella, echó sólo un poquito en cada copa. Dirigiéndose a la concurrencia que besaba a los novios brindando por ellos, don Damián dijo:

—Y ahora, si me lo permiten, quisiera decir unas palabras. Cuando Osvaldo Bermúdez García-Robles y Olga Riquelme Cubillos, hoy su legítima esposa, me pidieron ayuda profesional para solucionar el problema de una propiedad, parecían dos avecillas asustadas, perdidas en la oscuridad del equinoccio legal y ansiosas de luz y protección...

—Muy bien, don Damián, muy bien —aplaudió la Delia.

—Bravo —aplaudieron al unísono los mellizos Poveda.

—Gracias, Delita..., gracias. Movido por mi afán de equidad y mi sentido de la justicia, acogí en mi seno las inquietudes de estos espíritus puros que aspiran a lo más alto. Y hoy puedo decir, con legítimo orgullo, que con mi modesto esfuerzo he puesto mi granito de arena para contribuir a que se materialicen los inalienables derechos de estos espíritus nobles, para que gocen de una morada perpetua. Queridos amigos: los invito a terminar este delicado ágape haciendo una breve excursión para conocer el Palacio de Mármol, que por sentencia ejecutoria del 24 de julio de 1982 es de legítima propiedad de mi distinguido cliente don Osvaldo Bermúdez García-Robles y de su esposa, doña Olga Riquelme de Bermúdez García-Robles...

La señora Panchita dijo que ella llevaría la botella de champán que quedaba en un balde con hielo, y vasitos de cartón para hacer allá el último brindis. Y cerrando otra vez su casa con llave, con niños y todo, volvieron a la esquina a esperar micro que los llevaría al Cementerio Católico.

Parecía un domingo especialmente concurrido y alegre, quizá porque en un día de sol en un invierno opresivo a la gente le gusta salir y hacer programas. Cuando el cortejo nupcial de Osvaldo y la Olga bajó de la micro Pila-Cementerio en la esquina de Recoleta, las micros y los taxis y los autos y los camiones y la gente formaban algo así como un nudo vivo y estridente en la calzada repleta. Esperaron enfrente, en la esquina donde la Olga se había encontrado con don Damián y Osvaldo hacía unos meses, y donde el bar seguía ofreciendo, hoy, las mismas *ESPECIALIDADES DEL DÍA* de entonces: *AJIACO*. *CAZUELA DE VACA*. *BISTEC* CON TALLARINES, detrás de los kioskos atiborrados de claveles que parecían de papel, y de crisantemos. Esperaron a que todos bajaran para formar un grupo compacto y alegre en la esquina. La señora Panchita, muerta de la risa porque estaba un poco curada, tiró lejos el agua del hielo derretido del balde donde traía el champán, al centro de la calzada: riendo, todos siguieron con la vista la dirección señalada por el agua, hacia la vereda de enfrente. Allí esperaba la figura que atrapó sus miradas: vestida con su traje verde cata, su melena fulgurando roja al sol, sus aros largos centelleando en sus orejas, brillantes de polvo de plata los párpados, de rouge púrpura los labios, de esmalte negro las larguísimas garras.

— ¡Ay! ¡Se nos olvidó convidarla! —susurró Osvaldo.

Librodot

Sintió que la Olga, tomada de su brazo, se ponía a temblar ante esta mujer que le hacía amistosas señas desde la vereda del otro lado. La Olga le contestó con una cariñosa señal, como si la esperara de toda la vida y dijo:

—Voy...

Y sin que pudieran impedírselo, la Olga Riquelme se lanzó al oleaje de micros y autos y camiones y cucas que bocineaban, insultaban, patinaban tratando de evitar a la Olga que intentaba llegar a la otra orilla sin hacer caso a los gritos de los suyos:

—¡Olga!

—¡Olguita!

—¡Cuidado!

—Vuelva, por Dios...

—Corra...

—Cuidadooooooo...

—¡Olguitaaaaaaaaaaa...!

Ni se le notaba el golpe con que la micro Pila-Cementerio le quebró la espalda. Ni le ajó el velo de novia, ni alteró la expresión de felicidad de su rostro. Así, no la tuvieron que desvestir, apenas limpiarla un poco, como a todos los muertos, porque los muertos son sucios, y componer su tocado de tul para velarla en la pensión, las mesas todavía arrimadas a la pared mostrando los restos de la fiesta del matrimonio: sólo fue necesario despejar los canapés y la torta que quedaba, y las copas y los platos usados, y el ramo de flores demasiado vistoso para un ambiente de funeral con que la Delia había decorado la mesa del banquete. La velaron todos los pensionistas y amigos de la casa, y también algunos compañeros de Correos. El viudo que había sido jefe en la sección de Avenida Matta lloró desconsolado, diciendo que ahora que la Olguita había muerto ya no le quedaba más que jubilarse. Los que fueron compañeros de trabajo de la occisa le enviaron una gran corona de claveles blancos, pero el jefe de Avenida Matta le mandó otra corona, aparte. Don Damián tenía la llave del mausoleo. Arturito Alarcón se la había entregado cuando comieron juntos un par de semanas atrás para dejar finiquitado el asunto. Don Damián llevaba la llave de sorpresa en el bolsillo con el fin de entregársela a la orgullosa propietaria a la hora de los brindis, cuando todos quedaran estáticos de admiración frente al esplendor del mausoleo de los Robles de la Plaza. Ahora, durante el velorio, mientras las mujeres lloraban, rezando sus rosarios en el comedor de vidrios polvorientos, y afuera llovía a cántaros, él, emotivamente, colocó la llave simbólica entre las manos de la Olga cruzadas sobre el pecho, que aún sostenían el ramo nupcial. Sólo cuando cerraron la tapa y sellaron el cristal

Librodot

dejando su cara de siempre asomada a esa diminuta ventana eterna, se la volvió a quitar con toda discreción porque claro, iban a necesitar la llave del mausoleo, y ya no se trataba de símbolos. Llevó aparte a Osvaldo, que estaba como atontado y con el rostro tan descompuesto como si a él, no a la Olga cuyas facciones permanecieron serenísimas, lo hubiera atropellado la Pila-Cementerio, y le dijo que como único heredero de su esposa iba a tener que tramitar la posesión efectiva de sus bienes.

—¿Qué bienes?

—El mausoleo, por ejemplo. ¿Ustedes no tienen separación de bienes, supongo? Bueno, entonces el mausoleo es un bien ganancial. La mitad es de propiedad de la Olguita como cónyuge suya, lo que significa que usted va a tener que tramitar la posesión efectiva de esa mitad. Yo me encargaré de todo. Claro que va a tener que pagar algo, no mucho...

Todo había que pagarlo. El dinero aparecía a duras penas, quién sabe de qué pródigos bolsillos instantáneos, quién sabe de qué miserables ahorritos y sueldos, para pagar el cajón, el sepelio, el cortejo fúnebre, los dos autos negros de la comitiva llevando a los principales deudos —los demás partieron más temprano, en micro, para esperar al cortejo allá—, y cuando llegó el furgón, fueron Osvaldo, los mellizos Poveda, don Damián, don Walter y el pensionista nuevo solterón que apenas conoció a la Olguita, quienes cargaron el féretro llevándolo lentamente por los pasillos en dirección al mausoleo.

—La ventaja del Cementerio Católico se ve ahora que está lloviendo afuera, con los mausoleos en estas galerías cubiertas..., pero ya va a amainar... —susurró don Damián al oído de Osvaldo, que como deudo principal cargaba el cajón adelante.

Las mujeres no suelen asistir a entierros, que es más bien cosa de hombres, pero las mujeres de la pensión fueron no más, y también las compañeras del Correo, a las que la Olguita y la Delia les habían hablado tanto del mausoleo que nunca habían llegado a creerles completamente. Una ráfaga de viento helado pareció cortar la lluvia, y en unos minutos salió el sol: todo era menos terrible así.

Al acercarse al mausoleo vieron a Aliaga, más atildado que nunca, esperándolos junto a la reja de la tumba de los Robles de la Plaza, en actitud de defensa. Don Damián se adelantó para abrir la reja con la llave de la familia mientras los demás esperaban con el cajón a cuestas y las mujeres de luto, atrás, recitaban letanías.

—Buenas tardes, Aliaga.

—Buenas.

—¿Podría tener la gentileza de quitarse de ahí para abrir? Como ya le advertí por teléfono, Aliaga, vamos a inhumar los restos de doña Olga Riquelme de Bermúdez García-Robles, lamentablemente fallecida en el día de ayer. Pese a que usted se resista a creerlo, obran en mi poder todos los documentos que atestiguan que ella y su marido, don Osvaldo Bermúdez García-Robles tienen pleno derecho legal a ocupar los dos nichos de su propiedad en este mausoleo, para yacer por

Librodot

toda la eternidad uno junto al otro.

No es que Aliaga se riera. Pero sonrió una sonrisita helada, y sin decir una palabra ni hacer un gesto más que retirarse de la reja, le señaló el interior del mausoleo a don Damián y a Osvaldo, que habían traspasado su parte del peso del ataúd al más fortachón de los mellizos Poveda. Prendido de la reja, Osvaldo, incrédulo, leyó en la lápida del nicho que creía destinado a recibirlo a él:

—«José Luis Rodríguez Robles, 1897-1982.» Mi tío. ¿Cuándo falleció?

—Hace tres días. Lo inhumamos anteayer.

—¡Pero si Arturito Alarcón me dijo que lo iban a inhumar en el mausoleo de los Díaz de Valdés Carrera en el Cementerio General! Ese era el deseo de don José Luis —exclamó don Damián Marmentini.

—Sí, así era, en efecto —explicó Aliaga—. Pero como falleció primero el más anciano de los hermanos, don José Luis, antes que el presbítero don Fabio, éste dispuso contra viento y marea que él se oponía terminantemente a que su hermano reposara en un cementerio que recibía a protestantes y a judíos, y que ahora que era él quien disponía, quería que lo enterraran a él y a su hermano en el Cementerio Católico. El otro nicho es para don Fabio.

—¿Cómo es posible que Arturito no me llamara para comunicarme este contratiempo?

—Anda muy ocupado con los asuntos de la sucesión.

—¡Apuesto a que anda como loco!

Las oraciones de las mujeres seguían. Sobre los hombros fatigados de los deudos, el ataúd de la Olga comenzaba a bambolearse un poco: si los tres hombres que discutían junto a la reja del mausoleo no actuaban pronto, iban a tener que dejar el cajón en el suelo. Afuera, en el patio, más allá de los arcos, el sol hacía relucir como si fueran artificiales las hojas de un magnolio, y los pajaritos, como suelen hacerlo después de una lluvia, piaban alegremente. Pero don Damián, que era hombre de recursos, sacó de su bolsillo un legajo con muchos timbres y lacres, lo que revelaba que había recibido el beneplácito de innumerables reparticiones públicas y se trataba de un documento imponente, de fiarse. Don Damián le leyó su contenido a Aliaga, que consternado se fue retirando de la reja mientras Osvaldo la abría con su llave:

—«...sin perjuicio del orden de prelación natural pertinente» —terminó de leer triunfante don Damián—. ¡Ya no puede ser más explícito, pues, Aliaga!

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que el reconocimiento de sus derechos no excluye el derecho de los demás parientes que quedan, y que existe simplemente un orden de preferencia de acuerdo al orden en que vayan falleciendo.

La discusión entre don Damián y Aliaga se alborotó, aunque en voz baja como convenía a un lugar como el cementerio, hasta que ambos se retiraron a la oficina a llamar por teléfono a Arturito

Librodot

Alarcón y a zanjar el asunto con los jefes. Mientras tanto el sepelio siguió su curso, ajeno a las dificultades legales. Los sepultureros, que durante el poco tiempo que Osvaldo trabajó en el cementerio se habían hecho amigos suyos porque no era orgulloso como Aliaga, y permanecieron amigos suyos durante todas sus visitas al mausoleo de los Robles de la Plaza, tomaron el cajón de la Olguita, colocándolo dentro del nicho abierto. Luego, con tornillos y con una mezcla especial, ajustaron la gran lápida, tapando el cajón: pero la lápida no tenía nombre.

—¿Por qué? —preguntó Osvaldo desolado.

El sepulturero más viejo, con su aliento hediondo a vino, le susurró al oído:

—Los grabadores marmolistas esperaron. Pero como usted nunca pagó...

—¡Si yo mismo le di la plata a don Damián para esto!

—Puede ser. Pero como parece que usted les debe otros pololos y el asunto de la sepultura estuvo siempre en veremos, prefirieron esperar hasta que la cosa se aclarara y les pagara todo lo que les debe.

Los niños, aburridos con la espera, comenzaron a jugar a las escondidas entre los santos de mampostería y los monumentos. Al cabo de un rato regresó don Damián solo, diciendo:

—Asunto arreglado. El mausoleo es suyo, Osvaldo. Don Fabio tendrá que ser inhumado en el mausoleo de los Díaz de Valdés Carrera en el Cementerio General. Arturito me acaba de decir que don Fabio se encuentra en estado de coma y se espera el desenlace para unos minutos más, de modo que Arturito dispondrá así las cosas. Don Fabio quedó tan mal después de la muerte de su pobre hermano...

—¿Ya mí para qué me sirve un mausoleo lleno? —le preguntó Osvaldo.

—Ah, mi amigo, eso es cosa suya —replicó don Damián cerrando la reja del mausoleo con la gran llave y entregándosela a Osvaldo mientras todos comenzaban a retirarse—. Yo tengo que apurarme ahora para ir a hablar con Arturito. Pueda ser que me reciba, tiene tanto que hacer. Mi más sentido pésame, Osvaldo. Créame que lo acompaño en su dolor.

En la puerta del cementerio Osvaldo despidió el duelo con abrazos, aceptando y agradeciendo condolencias y conmiseraciones. La señora Panchita y la Delia quisieron llevarse a Osvaldo a la pensión, darle un caldo de pollo livianito y después ver que se acostara a dormir una siesta para que descansara.

Cuando todos partieron en sus distintas micros, Osvaldo quedó parado entre los kioskos de crisantemos: sabía exactamente a donde quería ir. Cruzó al frente y fue orillando el cerro Blanco, tan vacío, tan inútil como siempre, un estorbo urbano, nada más, caminando luego por Recoleta hasta la Vega Central: la lluvia ya se había secado en el pavimento y el cielo relucía luminoso. También el viento había decaído, se dio cuenta Osvaldo al cruzar el puente de la Estación Mapocho, o más bien el viento se había remontado porque allá arriba, en el cielo azul, se dedicaba a corretear las últimas

Librodot

nubecitas blancas. Bajó por Bandera, con todos los negocios cerrados porque era domingo, hasta la Alameda, y entró por San Diego, calle que tan bien conocía, una cuadra, dos: allí en la esquina, formidable y rosada aún, se levantaba la fachada de la casa en cuyo portal había tenido su bolichito: le habían arrancado todas las puertas, todas las ventanas, hasta los marcos..., por esos grandes agujeros vio cruzar el cielo un avión plateado y brillante que iba a aterrizar, se imaginó Osvaldo, en el Aeropuerto Internacional Comodoro Arturo Merino Benítez, que todo el mundo llamaba simplemente Pudahuel.

—¿De dónde vendrá esa gente? —se preguntó Osvaldo—. ¿Adonde irá...?

Pero pronto olvidó sus preguntas sin sentido. En la fachada color rosa, las columnas y los plintos, los tímpanos y drapeados de mampostería semiderruida de los que se descascaraban los restos de la pintura rosa, parecían enmarcar, hoy —tal vez porque estaba tan asoleado este frío día invernal—, aberturas especialmente grandes, sobre todo la de la puerta de entrada donde él antes tenía su local: por ella, y por las seis ventanas del primer piso, vio que el terreno de detrás de esa fachada como de escenografía había sido rasado como la elipse del Parque Cousiño, lista para maniobras militares: un barrial plano, vacío, totalmente despoblado.

—Qué raro —se dijo, y cruzó al frente.

Antes de entrar por esa puerta que parecía no conducir a nada, se quedó en el umbral mirando el terreno listo para edificar. Hacía tiempo que debían haber empezado esa construcción, y nada... tal vez este terreno terminaría, como ahora tantos otros en la ciudad, en estacionamiento de autos. Después de esta reflexión entró... o salió...

Allí se dio cuenta de que el terreno no estaba totalmente vacío. Adosada al revés de la fachada que lucía aún los restos de empapelados distintos señalando las distintas habitaciones, Osvaldo vio una mejora de calamina, poco más que una mediagua, como encogida en ese rincón detrás de la fachada. Se acercó: un biombo japonés protegía la entrada, y el barrial y el agua traspasaban por debajo el oropel desteñido del biombo. Osvaldo golpeó en la calamina:

—¡Pase! —chilló la voz de la adivina desde adentro—. Ah, chiquillo, eres tú..., pobre. ¡Qué mala suerte! ¡Qué le vamos a hacer! Siéntate, no más. ¿Quieres una tacita de té?

—Bueno.

—Te va a hacer bien.

En silencio bebieron juntos el té hecho con bolsitas varias veces usadas. El cuartucho lucía colgajos de trapos extrañamente bordados, con grandes estampas de dioses de innumerables brazos, mapas del firmamento y de otras esferas, una sillita dorada renga, un catre de bronce y un florero con dos plumas de pavo real, todo esto para disimular las paredes de ladrillo y calamina que rezumaban humedad. Cuando Osvaldo terminó de tomar su té le devolvió la taza a la adivina. Ella le preguntó al verlo levantarse para partir:

Librodot

—¿Quedó bien instalada tu mujer, mijito?

—Sí.

—El mausoleo es precioso.

—Sí. Pero... ¿y yo?

—¿Tú qué?

—Queríamos descansar eternamente juntos. Ahora...

—Claro, al tontorrón de José Luis Rodríguez Robles se le fue a ocurrir morirse antes que Fabio, y Fabio le hizo la mala jugada a su hermano, y a ti.

—¿Dónde voy a quedar yo, entonces?

—¿Tú? Igual que yo: en cualquier parte. ¿Quién se va a molestar en reclamar nuestros huesos?

—Es cierto... nadie. Me voy.

Osvaldo apartó la hoja del biombo que cerraba la abertura que era la puerta de la mejora, y entró un brazo de luz que reveló la miseria de los dorados falsos, de los colgajos inmundos, de las estampas desteñidas, del esmalte saltado de las garras de la adivina, que al salir le dijo:

—Oye, Osvaldo...

—¿Qué?

—¿No tienes alguna cosita que regalarme?

—Yo... —y buscó en sus bolsillos.

No encontró más que la llave del mausoleo: una llave grande, pesada, quizás de bronce: lo que había querido era vida, no muerte, y no titubeó en entregársela a la adivina.

—¿Es para mí? ¡Qué linda! ¡Gracias, mijito! ¡Gracias! ¡Que Dios te lo pague!

—Bueno, se está nublando otra vez. Me tengo que ir. Hace frío. Hasta luego.

Y salió al barrial del que comenzaba a emanar una neblinita arrastrada que no auguraba nada bueno.

—Hasta lueguito... —le contestó ella, despidiéndolo desde su puerta, ataviada con su viejo kimono y agitando una mano—. Saludos a todos en la pensión..., ya nos veremos por ahí...

Y a Osvaldo Bermúdez García-Robles no le dio miedo que la adivina se despidiera de él dándole esta cita.

Librodot